

Emilio Castelar

*La civilización en los cinco primeros
siglos del cristianismo*

TOMO I



Biblioteca Saavedra Fajardo 2018



Transcripción y revisión ortográfica de Miguel Andúgar a partir de: Castelar, Emilio. *La civilización en los primeros cinco siglos del cristianismo*. Madrid: Manuel Gómez Marín, 1858



Índice

INTRODUCCIÓN. LECCIÓN PRIMERA.	4
LA CIVILIZACIÓN ROMANA. LECCIÓN SEGUNDA.	25
APARICIÓN DEL CRISTIANISMO. LECCIÓN TERCERA.	53



INTRODUCCIÓN. LECCIÓN PRIMERA.

SEÑORES:

Invitado por la Junta gubernativa del Ateneo a profesar sus difíciles enseñanzas, honra muy superior a mis escasos merecimientos; y decidido a desempeñar esta Cátedra, más que por inclinación de mi voluntad, por consejo de mi conciencia; un gran temor embarga mi ánimo, y hiela mi palabra, temor nacido del respeto que me infunde este ilustrado público, cuya benévola atención empeña mi gratitud en empresas superiores a mis débiles fuerzas; temor que se acrecienta, cuando por uno de esos maravillosos y misteriosísimos conjuros del pensamiento evoco el recuerdo de los ilustres varones que cruzaron por esta Cátedra, dejando en ella luminosos resplandores de sus pensamientos y de sus almas, que ahora mismo ofuscan mis ojos; y al compararme con esos ilustres varones, comparación nacida, no del arrojío de mi amor propio, sino de la injustificada identidad de circunstancias en que con ellos me encuentro, desfallezco; y declaro con la ingenuidad propia de mi carácter, que no me creo digno de levantar mi voz aquí, donde han resonado los acentos de todas nuestras revoluciones científicas, ni merecedor de cultivar la ciencia, ese fuego sagrado, que se encierra en las entrañas de este volcán de ideas, llamado siglo decimonono; pues en tan supremos instantes, solo pueden alentarme vuestras simpatías, esa corriente eléctrica, que nacida de todos los corazones, centuplica las fuerzas, y da vida, fuego y colores al desmayado espíritu.

Yo no me atrevería a pisar este recinto, sino estuviera convencido del gran destino que Dios ha encomendado a nuestra generación, y del poco tiempo que le ha concedido de vida para cumplir ese destino. En estas épocas de renovación, épocas tempestuosas, tristes, sí, pero grandes, los espíritus al calor de la encendida atmósfera moral florecen más pronto, como los árboles en el Trópico, y dan temprano sus frutos. Nuestros padres hicieron mucho por nosotros; comenzaron por conquistarnos el pobre hogar, que nos había robado el gran tirano del siglo, y cuando el hogar estaba ya conquistado pidieron libertad. Un diluvio de desgracias cayó sobre sus frentes, un mar de dolores inundó su vida: unos bajaron a los calabozos, otros corrieron al destierro, muchos de ellos subieron al cadalso; y cuando nosotros, hijos de la desventura, nacidos entre lágrimas, vinimos al mundo, la guerra azotaba nuestras cunas, amargo lloro nublaba los ojos de nuestras madres, y solo se oía el ruido y el estrépito de la gran sociedad antigua, que se arruinaba hasta en sus cimientos; pero al despertar del sueño de la infancia, nos vimos armados de todas armas, con la libertad de la imprenta, de la tribuna, de la cátedra, instrumentos forjados en el hervidero de una gran revolución; y ¡cuántos y cuán amargos no deben ser nuestros remordimientos, si abandonamos la ciencia que ha de resolver todos los problemas políticos y sociales,



y ennegrecemos los últimos días de nuestros padres, o deshonramos sus manes, haciendo ver al mundo que ha sido inútil su obra, estéril su sangre, e ineficaces sus costosos sacrificios!

Generación presente, para la cual parece haberse fabricado el templo de la historia: rotas a tus plantas todas las cadenas, abiertos a tu idea todos los horizontes; heredera de infinitos tesoros de ciencia, obligada a ser más justa con los antiguos tiempos que tus padres, por haber padecido menos; debiendo ser religiosa, profundamente religiosa, para que la filosofía y el cristianismo se unan en eternas armonías como manifestaciones distintas de una misma verdad; sujeta a una ley moral severísima, a ser buena, no con la bondad pasiva, que consiste en no hacer mal, sino con la bondad activa y generosa que lleva el consuelo a todos los desgraciados, y abraza en su amor todos los hombres: dueña de infinitas fuerzas, que centuplican tus fuerzas, del vapor que te da alas, de la áurea electricidad, que es mensajera de tus pensamientos; armada del rayo, amenaza suspendida sobre la frente de las demás generaciones y que ha descendido sumisa hasta besar tus manos; habiendo merecido que naturaleza le abra sus entrañas, y te confíe sus más recónditos secretos; si con todos estos elementos, generación presente, hija predilecta de la providencia, pasas tus días en la abyección y en el olvido; cuando estos días estén contados cuando te anegue la negra ola del tiempo que se llama muerte y te presentes delante del Eterno Juez que pesa las obras de los individuos, de los pueblos, y de las generaciones, y al preguntarte qué has hecho de los grandes destinos que te había encomendado, le contestes con la conciencia llena de tinieblas y las manos vacías de buenas obras, merecerás el eterno castigo de la justicia divina, y la eterna maldición de la historia. (Estrepitosos aplausos.)

Nuestros antepasados cumplían su destino al abrazar sus armas, y oír la voz de Dios que les llamaba a la guerra, y así dejaban la ciencia a seres privilegiados y recogidos, ocultos las más veces en el fondo de las bibliotecas, en el seno de los claustros. Pero nosotros, poseedores de una actividad intelectual más grande, nacidos entre estas continuas explosiones de ideas que se llaman revolución; llamados por una vida política más amplia, a intervenir más o menos directamente en la sociedad; en este siglo sintético, todos debemos consagrarnos al cultivo de las ideas, y hacer de la ciencia el centro de nuestras almas: y los más prácticos, los más observadores, los ministros de Dios en la naturaleza, esos, cuya inteligencia retrata el mundo exterior, deben consagrarse a comprender el universo material, que encierra lo infinitamente individual y lo general, la nube y el aire, la gota de rocío y el mar, el grano de arena y la luz: y los más reflexivos, los que se encierran en su conciencia, deben comprender este mundo interior que llevamos en el cerebro, mundo más duradero que el tiempo, más inmenso que el espacio, más adornado de ideas que el cielo de estrellas: y las almas místicas, embriagadas del amor divino, que como



el fuego ascienden siempre del fondo de las cenizas de este mundo al cielo, deben mirar la palabra que todo lo explica, el ser que todo lo contiene, el eterno sol de la naturaleza y del espíritu, Dios: y todos deben llevar un mismo pensamiento, y un mismo fin, el pensamiento de buscar con libertad entera la verdad por ser verdad, y el fin de hacer con desinterés completo el bien por ser bien; para continuar así la obra de las generaciones pasadas; para preparar el pan de la inteligencia a las generaciones, que hambrientas de verdad, nos manda lo porvenir; para perfeccionar nuestra libertad, y nuestro derecho. (Aplausos.)

Yo con estos fines, aunque en la pequeña proporción que puede caber a mis pobres talentos, me he decidido a estudiar las ciencias históricas, en que el espíritu aparece en su totalidad, y de la historia los primeros siglos del cristianismo, que son como el prólogo del mundo moderno y el epílogo del mundo antiguo. Estos cinco siglos son el génesis de la edad cristiana. No pretendo enseñaros nada de ellos, señores, vengo aquí a estudiar en voz alta acompañado de un considerable número de amigos.

Tres grandes ideas forman y componen nuestra civilización: Roma, el cristianismo, los bárbaros. Los bárbaros dan la materia con sus tribus; Roma la organización, la forma con sus leyes y sus códigos; el cristianismo la sustancia, el alma con sus ideas y con sus dogmas. Contemplemos estas ideas.

El cristianismo, cuyo origen divino todos reconocemos, cuya eficacia inagotable todos confesamos y sentimos; primera luz que nos ha sonreído entre los ensueños de la inocencia, primera ley que ha refrenado las tempestades y los ímpetus de nuestra juventud, objeto de todas las oraciones, consuelo de todos los dolores; idea, que en el seno del hogar doméstico hemos libado como la miel de la vida de los labios de nuestras madres, y que guardamos en el fondo del ser como el alma del alma; poesía invisible, que resuena desde la cuna en nuestros oídos; símbolo, que vemos en nuestros campos saludado por el labrador, cuando la golondrina le anuncia la primavera; en nuestras playas adorado por el navegante, cuando la gaviota le señala el buen tiempo; ángel que nos acompaña en vida, que santifica a todas nuestras buenas acciones, y que después de muertos, se sienta silencioso en la tierra donde dormimos, recoge el aroma de nuestra vida, el alma, y lo lleva en sus alas al través de los orbes a Dios; el cristianismo, que es una religión, un arte, una gran filosofía, todo verdad, todo hermosura, todo bondad, como doctrina social, por más que pese a los que quieren ungir con él todas las tiranías; como doctrina social, dio dignidad al esclavo, igualó moralmente al pobre con el rico, hizo de todos los hombres una sola familia, de todas las naciones antes enemigas la humanidad; y quiso que esta obra de libertad contara entre sus grandes holocaustos el sacrificio del Verbo, y por su primer mártir al hijo del Eterno. (Generales aplausos.)



Esta es el alma de la civilización presente. Ver como se desarrolló en los primeros tiempos, como luchó con el paganismo, como triunfó, será el objeto de nuestras lecciones. Pero no era esto el único elemento que en la civilización existía en estos cinco siglos, existía también el mundo clásico. Grecia había hecho de la humanidad con su cincel de artista, una hermosa estatua que el cristianismo animó con el fuego del cielo; y Roma, la guerrera y legisladora, había logrado que el mundo se postrara ante el ideal clásico de hinojos, y lo recibiera como la preparación interior de otra idea más alta, como el principio de otra vida más grande. Por eso el mundo clásico tiene siempre armonías para nuestros oídos, dulces cánticos para nuestros corazones, y todos nos acordamos de él, como de la cuna de azucenas donde se meció nuestra civilización, como de la misteriosa lámpara, donde empieza a arder la luz de nuestro espíritu. Yo no puedo mirar a Grecia, la nación de las grandes personificaciones, sin que se me aparezca personificada en la figura de una casta musa. Hermosa como la divina Psychis, las perlas de Oriente, que le traen sus hijos los Pitágoras, los Herodotos, del fondo de los templos antiguos ornar su frente, la luz de las ideas tiñe de una hermosura divina su rostro: reclinada en su lecho de azucenas, con la copa de oro, que guarda el néctar de la vida de sus dioses en una mano, y en la otra la lira que produce ardorosos himnos, se mira en el celeste seno de aquellos mares, donde se mezclan las aguas del Asia y de la Europa como la cadencia de una eterna endecha de amor; y deja errar su mirada por aquellos esplendorosos cielos, y pidiendo inspiración a los mares, a las montañas, a los bosques, a los horizontes, dicta a Homero sus poemas, a Píndaro sus cantos, a Esquilo y Sófocles sus tragedias, a Tucídides y Herodoto la historia, o Platón y Aristóteles la filosofía; y cuando Roma la esclaviza, lejos de atarse a su carro triunfal, entra como señora en sus festines, como maestra en sus escuelas, como diosa en sus templos; y si por último allá en el siglo quinto de la Iglesia consiente en ser sacrificada en la casta figura de Hipátia por manos de los sacerdotes cristianos, como víctima coronada de flores que la antigüedad ofrece al nuevo culto, es después de haber infundido su espíritu en la Iglesia de Oriente y de haber filigranado el Evangelio con el armonioso ritmo de su divina lengua. Pues si Grecia vive hasta el siglo quinto ¿qué diremos de Roma? En la gran pira que formó, con las armas de todos los reyes y de todos los pueblos, en la gran cárcel del Panteón donde se reunieron los dioses de todas las gentes, en sus códigos donde se encerraron las costumbres de todos los pueblos, Roma formó el genio de una civilización que todavía vive en nosotros, y resumió el trabajo de toda la historia precedente, para que no se perdiera la obra de la providencia.

Pero sobre aquel mundo clásico tan hermoso en los siglos que vamos a historiar se extendía una espada de fuego. Era la espada de los bárbaros. Venidos del fondo del Oriente, origen de todas las grandes



emigraciones, habían acampado en los hielos del Norte, y el alma panteísta que recibieron en su origen, se individualizó en cada uno de aquellos bárbaros en el fondo de sus oscuras cabañas. Mil tribus componían y dividían aquellas gentes, tribus que mandaban sus bandas como grandes manadas de aves de rapiña a devorar las regiones abiertas a su hambrienta voracidad. Engendrados los más de aquellos bárbaros en un carro, nacidos en un punto, amamantados en otro, no conociendo patria, y por lo mismo no radicando en el suelo; poseídos de un instinto viajero, que era el secreto de su destino; azotadas sus espaldas por los hielos y los huracanes que los empujaban hacia Occidente; sin leyes escritas, sin gobierno organizado; adorando ora dioses indios, ora griegos, ora divinidades feroces que se abrevaban en sangre, ora una espada puesta de punta en el suelo, a cuyo alrededor danzaban como energúmenos; heridos por tribus todavía más bárbaras venidas del fondo de la Mongolia a cumplir los decretos del Eterno; tribus que comían y dormían y vivían a caballo, que lanzaban gritos horribles semejantes a los graznidos de los cuervos, que no sabían dónde iban, que se deshacían como las montañas de arena en el desierto, y se condensaban como las trombas marinas; hombres horrorosos, que llegaron a espantar a los mismos bárbaros, pues Jorrandes los describe trémulo, espantado, pintándonos su piel teñida de negro, sus ojos sanguinolentos escondidos, y luminosos como los del búho, su rostro parecido de *formae offae* a una deforme tortuga, sus mejillas acribilladas de heridas, pues sus madres se las partían al nacer para que sintieran en sus labios antes el hervor de la sangre, que la dulzura de la leche; y todos estos bárbaros, que unos venían del Rhin, otros del Danubio, otros de la Scitia, otros de la Escandinavia, como huracanes nacidos de diversos puntos del horizonte, unían sus ráfagas sobre la cabeza del gran coloso del imperio romano, y arrancaban uno a uno los diamantes a su triunfal corona; diamantes, que al estrellarse en el suelo formaban con sus fragmentos las nacionalidades modernas. (Estrepitosos aplausos.)

Pero, señores, me sería imposible abordar todas las difíciles cuestiones que van a surgir a nuestra vista, sin dar una ley general histórica.

El siglo décimo octavo fue un siglo de demolición, y por eso era analítico; el siglo décimo noveno es un siglo de armonía, y por eso es sintético. La ciencia histórica siente hoy la revolución, que ha tocado las bases de todas las ciencias. Acordaos de lo que antes del siglo décimo sexto eran las ciencias naturales; un caos donde hervían los elementos, y nada más que los elementos primeros de esas ciencias. Bacon apartándolas de la hipótesis, y dándoles la observación y la experiencia por base, abre a su progreso amplísimas vías. Acordaos de lo que eran las ciencias especulativas. Las escuelas habían puesto en un trono al gran Aristóteles, horriblemente martirizado por unos, combatido por otros, y casi ignorado por todos; y las respuestas de aquel oráculo, en cuyo vientre hablaban siempre sus sacerdotes, eran los



principios de la ciencia. (Risas.) Descartes, señores, las emancipó de tan ignominiosa tutela dándoles por base el espíritu y el pensamiento. Pues bien, el progreso fue más tardo en las ciencias históricas; pero fue, porque no aparece en una región de la vida y de la ciencia una ley que no se extienda armoniosamente a todas sus regiones, o todas sus esferas, siendo como es el espíritu uno e idéntico siempre a sí mismo. La historia que era un arte ocupado solo en describir las alternativas de los imperios, se hizo una ciencia que tuvo por objeto y fin todo el hombre.

El hombre aunque en cada ciencia encierre todo su espíritu, en las ciencias naturales principalmente estudia su sensibilidad, y en las ciencias legales su juicio, y en las ciencias filosóficas su pensamiento, y en las artes y letras su imaginación; pero en la historia se estudia todo entero, y se estudia, no en abstracto, sino hecho carne y hueso, realizado, objetivado en sus ideas y en sus obras. El hombre en su totalidad es, pues, el objeto de la historia.

Al estudiar al hombre es imposible separar los dos elementos que lo componen, y que forman su armonía. Viviendo en el tiempo y en el espacio, último extremo y último esfuerzo de la organización terrena, corona centellante de todos los seres, que bajo él y a su alrededor se mueven; sujeto a leyes que no puede romper y a fuerzas que no puede alterar; el hombre como ser orgánico pertenece a la naturaleza; más en su frente se encierra otro elemento, una llama que le eleva sobre todo lo creado, que le da fuerza creadora, que le esclarece con luz más nueva que la luz del sol las profundidades del mundo exterior, los secretos de su propia conciencia, elemento que se llama espíritu, por el cual vive el hombre enteramente libre, y con toda su espontaneidad en otra creación superior a la naturaleza, que se llama, arte, ciencia, sociedad.

El hombre, señores, no es un ser aislado, solitario. Dios ha puesto en su corazón la ley divina del amor; para que busque a sus semejantes; y comparta con sus semejantes la vida. El hombre, el más hermoso de los seres, que en la creación viven, por su corazón y por su inteligencia; aislado, solo, esas mismas fuentes de su poder liarían su desgracia, tornándole el más infeliz y el más desarmado de todos los seres. Dios, que le dio un cuerpo débil, puso en su ser la razón como gran coraza contra las inclemencias y las asechanzas de la naturaleza; y la razón es eminentemente social: por eso si el primer grado de la vida es el individuo, el segundo grado de la vida es la familia. El hombre en la familia acrecienta su ser; pone su inteligencia en armonía con otras inteligencias, confunde su corazón con otros corazones, es hijo, y como hijo se liga a lo pasado y lo respeta; esposo y vive en lo presente, y lo herosea; padre y se adelanta a lo porvenir y lo prepara, y así multiplica su alma y completa su vida. La familia es el complemento de la personalidad humana, de la vida individual: el padre, la mujer y el hijo forman, a pesar de ser tres



personas, misteriosa unidad por el amor que los confunde y los anima. Pero el hombre no vive solo en su familia; la lengua que habla, el carácter que le distingue, la religión que profesa, la ley social bajo que vive, ese amor eterno al suelo en que ha nacido; a esa tierra patria, donde le parece que ha de ser más dulce y tranquilo el sueño de la muerte; la historia misma, que le comunica perpetuamente con los que ya no son, los recuerdos de la infancia; todas esas ideas, todos esos sentimientos que son grandes leyes, sí, leyes incontrastables de su vida, engendran en su individuo otro individuo superior que se llama patria, espíritu nacional. No creamos, señores, como en mal hora pretenden los sensualistas, que la nación es solamente el agregado de individuos, no, señores, no, es algo más que eso, es el por orden que en ella reside, por sus límites geográficos un gran cuerpo; es por sus ideas, por sus tradiciones, por sus leyes, un verdadero espíritu. Es un individuo superior, animado, con las mismas facultades que el hombre, aunque en grado más alto, viviendo por sí, y realizando su vida por medio de leyes tan reales y tan verdaderas como las leyes de la naturaleza. La verdad es, que así como el cuerpo del hombre no puede vivir fuera del aire que le rodea, el alma del hombre no puede vivir fuera de la sociedad. La nación, pues, será siempre un individuo análogo al hombre y en misteriosa armonía con el hombre. Pero, señores, además del individuo, de la nación, hay en nosotros otro ser superior, que llamaremos humanidad. Así como el hombre no puede vivir fuera de la naturaleza ni de la sociedad, no puede vivir fuera de la humanidad. En su ser está impresa la idea humana: la compasión, la caridad, el amor; todos los sentimientos son como leyes de atracción que unen a unos hombres con otros; la razón, la religión, la uniformidad de necesidades morales, y de aspiraciones en todos los hombres, el consentimiento unánime, que a ciertas verdades fundamentales dan todos los pueblos, prueban evidentemente que sobre el individuo, sobre la nación, a pesar de los climas y de las diferentes atmósferas históricas, en que el hombre se mueve, y en que se desarrollan los pueblos, hay un espíritu real, verdadero, uniforme, que se realiza en brillantes y varias y múltiples manifestaciones, y que se llama humanidad. Ahora bien, señores. ¿Cuál es el tipo de la sociedad y de la humanidad? El tipo es el individuo, el hombre. Por consiguiente, estudiando las facultades del hombre, estudiamos las facultades de los pueblos y de la humanidad; y estudiando los fines del hombre, estudiamos los fines también de los pueblos y de la humanidad. El ideal de una sociedad perfecta consiste en que ni la nación ni la humanidad absorban al individuo, antes bien tomen por fundamento sus facultades y sus derechos.

El hombre está en comunicación con el mundo material, y necesita de una facultad que realice esta comunicación, facultad que se llama sensibilidad. El hombre está en comunicación con Dios, con el mundo invisible de ideas, y necesita de otra facultad que realice esta comunicación, y esta facultad se



llama pensamiento. El hombre necesita además una facultad que determine su propia esencia, a ser, a realizarse, a producirse, y esta facultad se llama voluntad. El mundo exterior en sus individualidades se retrata como en un espejo en la sensibilidad, que en su primer grado, es puramente pasiva, como obligada por necesidad a recibir los objetos, tal como la naturaleza los presenta; mas la sensibilidad implica la actividad del espíritu, actividad que se manifiesta en esa facultad de aislar cualidades, de componer seres, de idear mundos, que llamamos imaginación. La sensibilidad es el primer grado de la existencia individual, la imaginación el segundo, y lo mismo sucede en los pueblos. El niño siente, el joven imagina. Los pueblos en su primera edad viven apegados a la naturaleza, y confunden y personifican todos sus poderes en una gran personalidad, en el sacerdote, que es rey, pontífice y legislador o un mismo tiempo. Por eso sus religiones deben ser símbolos más que ideas, sus leyes fórmulas poéticas, y los cantos sagrados su única ciencia.

Pero el hombre con la sensibilidad solo tendría impresiones aisladas: necesita una facultad que generalice sus impresiones, y les dé una ley uniforme, y esta facultad se llama entendimiento, y esa ley se llama noción. El entendimiento es la facultad en que se forjan las nociones. Esta es la tercera edad del hombre; la tercera edad del pueblo, en que ya la idea de derecho se aclara en la mente y se empieza a desasir del símbolo como la fruta de la flor. Pero el hombre con la sensibilidad y el entendimiento solo tendría impresiones aisladas, fugaces; nociones ligeras, que no podrían formar nunca la cúspide verdadera de la inteligencia; la idea. El alma, pues, tendiendo por su propia virtud a lo incondicional, a la unidad, a la ley fundamental de su ser, necesita de una facultad que realice esta su aspiración suprema y esta facultad se llama razón. Los sentimientos e impresiones rotas en la sensibilidad; la noción borrada como un ligero boceto de idea en la inteligencia, solo se alza a tener el sello de unidad, el carácter de verdadera ley en la razón. Y la edad de la razón es la edad madura de los pueblos, edad, en que el derecho se define ya clara y distintamente, y en que todos los ciudadanos, sujetos no a la voluntad de una clase, ni de un déspota, sino a la ley, realizan la libertad.

Dos son las leyes del hombre: conocer y obrar. Con las facultades que he mencionado solo alcanza a conocer. Para obrar necesita de la voluntad que es la actividad en su último grado, pues por ella el espíritu determina su ser a producirse, a realizarse en el tiempo, y por ella el hombre es después de Dios, el autor de su propia vida. Así como la naturaleza que encierra tantos seres, tan varios y múltiples, compone un sistema, todas estas facultades forman un todo orgánico, de suerte que sin una no podemos comprender la otra, y todas tienen por base idéntica la actividad del espíritu.



La naturaleza es su organismo, el espíritu es también un sistema, y por tanto la historia, que es la realización del espíritu en el tiempo y en el espacio es una serie de organismos y un sistema.

Las facultades, que acabo de estudiar, solo me dan los medios, de que se vale el hombre para llegar a sus fines. Poseemos el conocimiento de los medios: vamos a ver si alcanzamos el de los fines. Dos leyes tiene el hombre, como he indicado, la de conocer y la de obrar. El hombre debe tender a obrar bajo las leyes de su naturaleza con libertad entera, como dueño de sus acciones y artífice de su vida, contrayendo siempre mérito o demérito, según se acerque o se aparte del ideal de virtud impreso en su conciencia y realizando así, su propio destino. Este es su fin moral, el cual se conoce en los pueblos, en las costumbres. El hombre tiende a conocer a Dios, a amarle con amor purísimo, a tributarle el culto de su oración y de sus buenas obras, y unirse en cuanto lo consienta su humilde naturaleza con ese ser supremo, fuente misteriosa de la vida, centro luminoso del espíritu, y a perfumar todas sus ideas, todas sus obras con el puro aroma religioso, nube de incienso que lleva a Dios la parte más pura y más esencial de nuestra alma. Y este es el fin religioso, que se ve en la historia de todos los pueblos, que sin un culto no viven. Pero conocida la ley moral, y conocida la ley religiosa, el hombre debe tender a buscar las condiciones internas y externas de su desarrollo social, para unirse en un sentimiento de justicia con sus semejantes, y realizar el fin individual de su propio destino en armonía con el fin general del estado y de la humanidad. Y este es su fin social que se realiza por la política y por el derecho.

Como cuerpo, como organización sujeta a lo contingente, el hombre necesita de lo útil, de la industria, del comercio; como ser sensible, el hombre se une a la naturaleza, y viendo en ella una de las fuentes de su existencia, la ama, y comprende y abraza su ley; como artista despliega las brillantes alas de su fantasía a la luz del eterno sol, asciende en raudo vuelo a lo infinito, y produce armonías más bellas que el eterno concierto de los mundos; como ser moral, conoce su espíritu, lo cultiva, causa toda su vida con libertad, y la presenta al eterno juez; como ser social, busca un punto de apoyo de su existencia, un centro de gravedad de su alma, una ley que le una en recíproca justicia con sus semejantes, y realiza el derecho; como ser religioso, su conciencia se abre a la idea de Dios, a manera que la flor al rocío, sus pensamientos, sus acciones son un continuo himno, su vida es como una atmósfera que guarda los aromas del cielo, y su deseo sacudiendo la triste larva de la materia, tosco capullo, sube de esfera en esfera hasta el cielo; y en todas estas manifestaciones que recorren las varias esferas de la vida desde aquella que le confunde con los últimos seres, hasta la que le une a Dios, en todas estas manifestaciones, realiza toda la plenitud de la esencia de su ser. Pues bien, el conjunto de estas manifestaciones útiles,



artísticas, morales, sociales, científicas y religiosas, en el pueblo y en la humanidad, es lo que nosotros entenderemos por Civilización.

El gran protagonista de la historia es el espíritu humano, y el instrumento del espíritu es la libertad. El hombre, este ángel caído, punto de unión entre la naturaleza y el espíritu, ministro de Dios en sus obras, que levanta con su pensamiento lo creado a su Creador; puesto entre lo finito y lo infinito, como entre dos polos, habitante del mundo sobrenatural por sus ideas, por su fantasía, y de esta estrecha tierra por su cuerpo; antitético, inarmónico, y destinado a comprender y realizar todas las armonías; este ángel caído, se distingue de los seres arrojados como un pedestal a sus plantas, y de los orbes, diamantes que coronan su cabeza; se distingue de estos seres por su libertad, santa idea, sin la cual la religión sería engañosa mentira, la ciencia vano fantasma, la justicia cruel burla, la sociedad un sepulcro, la conciencia un desierto, sí, por la libertad, soplo creador que nadie puede robar o nuestro espíritu, y que entre las tinieblas de todos los tiempos, y a las plantas de todos los tiranos, y en el seno de todas las tempestades, relucirá siempre inmortal, como la esencia de nuestro ser, como la obra más grande y más hermosa del Eterno. (Estrepitosos aplausos.) La historia del mundo, ha dicho un escritor profundísimo, es la historia de la libertad. La solidaridad humana es evidente, el hombre es uno en la historia. El hombre en la India estaba encerrado en la corteza de la creación; inmóvil al pie de sus altares, su conciencia se perdía en la luz de aquellos astros como la luciérnaga en los rayos del sol, su vida en la savia exuberante de la naturaleza, como la gota de lluvia en el mar. Pero un día se sintió el hombre triste; dos pasiones luchaban en su corazón, dos ideas en su mente, dos dioses en sus altares, y fue osado a forjar una espada en el fuego del sacrificio, y se hizo guerrero, y se sintió más fuerte, y se llamó Persa, y montado en el caballo del desierto fue disciplinando las razas asiáticas en su eterna carrera hacia el Occidente. Y otro día el genio de la civilización asomó por las montañas del Líbano; el hombre se asentó bajo sus cedros, y vio a lo lejos el mar que le convidaba, como si fuera un cielo en la tierra, con sus argentadas espumas, con los cánticos de sus ondas, y se dio el hombre a la navegación, y se llamó fenicio, y se sintió más libre; v aprisionó los vientos y holló con sus plantas los mares, y se trasformó su destino. Al ver pasar el navegante entre las hondas riberas del Mediterráneo, del fondo de las celestes aguas, se levantaron como nereidas coronadas de perlas, Grecia, Italia, Iberia; y Grecia recibió el genio fenicio, lo metamorfoseó en sus valles, y uniéndolo a su propio espíritu, animó con su soplo vivificador al hombre, creó el ciudadano; y Roma recogiendo el genio de Oriente y el de Grecia, las almas de dos mundos en su gigante seno, forjó la idea de humanidad, y la humanidad por sus grandes trabajos, por su continuado martirio, por sus maravillosas obras, fue ya digna de recibir en su seno el espíritu de Dios; y Dios y la humanidad



se unieron por medio del Verbo en el Calvario, y nació de esta unión el mundo moderno; y en su nacimiento lo cercaron mil inundaciones, mil dolores, mil enemigos, y parecía que toda la gran obra de la libertad iba a desaparecer, y Dios levantó dos grandes rocas incontrastables contra aquellas tormentas, el Castillo feudal, para rechazar la fuerza con la fuerza, la Iglesia, para recibir como en eterna arca santa los espíritus; y la Iglesia llamó a los Cruzados cuando el feudalismo ya no era necesario, cuando había rematado su obra, y bajo su manto nacieron las Universidades destinadas a educar al pueblo, para que acabara con los señores feudales, el derecho romano destinado o quebrantar con su misteriosa unidad el caos del feudalismo, el municipio, pequeña bellota, de que había de nacer la encina de la libertad, (Aplausos) el arte antiguo destinado a dar sentimientos de libertad a los ciudadanos, la autoridad de los reyes, destinada a formar las nacionalidades, e imprimir en su frente el sello de igualdad; y cuando esta obra se había concluido, el espíritu humano, exuberante de libertad y de vida, no cabía en el viejo mundo y Dios del fondo del Océano hizo salir otra creación más espléndida, otro mundo más hermoso, y al calor de las ciencias, de las artes, el espíritu humano cobró nueva vida, pasó incólume por medio de las revoluciones modernas, sacó del seno de estas grandes tempestades nuevos derechos, nuevas ideas; y nosotros, hijos de tantos dolores, de tantas grandes obras, nacidos en esta tierra empapada de lágrimas y de sangre, cubierta con el polvo de los huesos de infinitos mártires de la libertad, debemos conservar y agrandar esta nuestra personalidad que ha sido toda la obra de la civilización, todo el gran trabajo de la historia. (Generales y repetidos aplausos.)

Pero en la historia no existe solo la libertad humana y el hombre, El hombre solo con su libertad sería como un fantasma perdido en lo vacío. La existencia del ser finito supone la existencia del ser infinito, y la libertad supone la ley de la providencia. Sobre la cúspide de los mundos, sobre el humano espíritu, en el inmenso santuario de la eternidad existe Dios, de cuyos labios desciende el aliento que anima la creación; de cuya frente baja el rayo de suave luz, en que se bañan el sol y los mundos. Existiendo como persona absoluta en sí, y por sí: razón fundamental de todo ser, causa de toda existencia; presente siempre en la naturaleza por sus leyes, en el espíritu por su revelación; pensamiento absoluto, idea madre de todas las ideas, produciendo de su seno la vida, y conservándola con su bendito amor; inmutable eje de diamante, sobre que gira la creación infinita y absolutamente libre; verdad, justicia y hermosura perfectas, Dios, rodea toda la historia con la atmósfera de su providencia.

La libertad humana, caminando siempre bajo la ley de la providencia, realiza el progreso. La ley de progreso está encarnada en nuestra naturaleza, y en nuestra conciencia. Es una condición precisa de nuestro crecimiento intelectual y moral. El progreso atestigua a un tiempo nuestra grandeza y nuestra



limitación. Atestigua nuestra grandeza, porque abre espacios inmensos a la actividad humana: atestigua nuestra limitación, porque si no fuéramos imperfectos, no tendríamos necesidad de progreso. El progreso es el camino, que recorre el hombre para ir de un estado imperfecto a otro más perfecto; y por eso alcanza a todas las manifestaciones del espíritu humano, a las ciencias, a las artes, a la política. Dios, que es absoluto y perfecto; no conoce progreso. Pero el hombre por su imperfección y por su contingencia, necesita inevitablemente de esta ley para crecer y perfeccionarse. La idea de progreso en la historia es como la serie en filosofía, como la progresión en matemáticas. Cuanto más estudiamos al hombre, más nos convencemos de esta idea. Débil por su cuerpo, combatido por mil resistencias, a veces insuperables, y activo, con una actividad extrema, con una actividad que nunca desfallece, va acumulando fuerzas, ideas, elementos para seguir incansable su camino, como el árbol, que brota de la semilla, rompe la tierra para respirar el aire, y recoger la luz. Es cierto que el progreso indica el movimiento de la humanidad hacia adelante, hacia un ideal, cuya realización está por venir; pero no es menos cierto que el progreso, esta idea fecundísima, enseña también cuán profundos y verdaderos son los instintos de conservación en el hombre, y cómo no adelantaría un paso en su camino si no aprovechara los tesoros de las edades pasadas. Si miramos desde hoy los siglos pasados, veremos que no se puede concebir el progreso, como una idea que salta caprichosamente de un punto a otro, no; cada edad encierra la edad que le precede y la edad que le ha de seguir, cada institución y estado social reúne la institución y el estado social de que nace, y la institución y el estado social que engendra; como el tiempo tiene tres términos, pasado, presente y porvenir; como la idea tiene tres formas, tesis, antítesis y síntesis. Querer que el hombre retroceda, que viva dentro de la ley del progreso, es lo mismo que intentar que el pez viva fuera del agua, o que vuele el ave dentro de la máquina neumática. No es dado a ningún hombre cambiar las leyes reales de la sociedad, como no le es dado cambiar las leyes de la conciencia, como no le es dado cambiar las leyes de la naturaleza, Pero se suele decir: el progreso es una idea falsa, porque hay épocas mucho más tristes y mucho más angustiosas que las épocas precedentes. Esta objeción parte en mi sentir de un conocimiento superficial de la historia. Es cierto que hay épocas tristísimas, pero debe considerarse que toda idea, al encarnarse en el tiempo y en el espacio vive dentro de un organismo; que estos organismos se deshacen, se quiebran a la acción del tiempo, y que entonces muere la parte orgánica de la idea, y muere con grandes e inevitables dolores. Pero siempre del seno de aquella organización rota por el dolor, por la muerte, surge otra idea más progresiva, más grande. El progreso es pues orgánico, y así se contesta a una parte de la objeción precedente. Pero hay otra contestación todavía más persuasiva, y concluyente. No debemos mirar las épocas en sí, debemos mirar las épocas por su objeto. Si miráramos la época en



sí, resultaría más progresiva la república romana que el imperio, más progresivo el imperio que los bárbaros, y a su vez más progresivo el municipio de la edad media que las grandes monarquías de los siglos décimosexto y décimoséptimo. Pero si miramos las épocas por su objeto veremos que el imperio que trae la unidad material de la especie humana es más progresivo que la república; y los bárbaros que traen la noción clara del individuo, y caen de hinojos ante el cristianismo, representan un estado social más progresivo que el imperio; como las monarquías del renacimiento, formando las grandes nacionalidades, son más progresivas que los municipios de la edad media.

Se ha querido también atacar el dogma del progreso, diciendo que todos los que profesamos esta verdad, sostenemos que el hombre puede alcanzar la infinita, la absoluta perfección en la tierra. Esta es una acusación gratuita. Si por progreso indefinido se entiende que no es dable fijar los límites concretos, donde la humanidad concluirá su camino ¿quién será tan arrogante que quiera conocer sus límites? Pero nunca el hombre, nunca por mucho que progrese, por mucho que adelante, podrá salvar el límite que lo separa de lo absoluto, nunca podrá cambiar su naturaleza, nunca podrá lograr lo infinito, lo eterno en la tierra.

El progreso no fue en ningún tiempo un dogma de los antiguos, el progreso es un dogma cristiano. Los indios creían el mundo un oscuro calabozo, un lugar de expiación donde el alma humana purgaba delitos anteriores a su vida terrestre: Pitágoras, al pretender una revolución política, no menos que una revolución filosófica, buscaba el ideal de su doctrina en las entrañas de las sociedades asiáticas: Platón queriendo modelar la sociedad con arreglo a su idea absoluta, y reflejar en el Estado su propia conciencia, petrifica los pueblos como creyendo que la inmovilidad es la suma perfección, y encuentra en las castas de las antiguas sociedades ya rotas por el progreso, la ley de su sociedad y de su tiempo: Virgilio, el alma sin duda más llena de esperanza que la historia antigua nos presenta, el cantor de una nueva edad de oro, dice en sus libros que el mundo vuelve a lo pasado como barca empujada hacia atrás y combatida por el huracán y las ondas: Lucrecio, uno de los poetas más sublimes, que guarda en sus anales la literatura, al ver que Júpiter no desata sus iras sobre Roma, que no la reduce a cenizas por sus crímenes, reniega de los dioses y los hombres: el republicano Horacio, no comprendiendo que el imperio venía a cimentar también la obra de la libertad, despreciaba ¡él! que había huido en la batalla de Philippos, despreciaba las generaciones que le rodeaban y creía que su seno estaba destinado a engendrar el mal y la servidumbre: Catón, el gran Catón, el espíritu más justo y más severo de los antiguos tiempos, cuando oye el ruido que la antigua república produce al desplomarse, y el canto de las vencedoras legiones de César, se parte con su espada el corazón donde ya no quedaba un resto de consuelo; y Bruto, el último



romano, la última encarnación republicana de la idea estoica, Bruto, que había llevado su amor a la libertad hasta el crimen, su odio a la tiranía hasta el desprecio de todo sentimiento humano; cuando se vio vencido, cuando las huestes de los triunviros rodeaban su tienda, en las sombras de la noche, de rodillas a los pies de un soldado, le pide como bien supremo la muerte, y al recibirla y espirar, dejando errar su mirada por los astros que iluminaban tranquilos aquella desoladora escena, pronunció estas angustiosas palabras: «virtud, nombre vano, engañosa sombra, esclavo del destino ¡ay, he creído en ti!: horrible muerte que concluye en un grito de maldición, grito nacido más que del dolor de un hombre, de las entrañas de la sociedad antigua, desposeída del mayor tesoro del mundo, de la santa y consoladora esperanza. (Aplausos.)

Señores, la idea de progreso es eminentemente cristiana. El progreso no es en el cristianismo solo una ley reconocida por la conciencia; es también un deber impuesto a la voluntad. «Sed perfectos, nos dice Jesús, como mi padre que esté en el cielo.» El cristianismo ha levantado, pues, a los ojos del hombre un ideal de progreso, que aunque el hombre no puede alcanzar nunca en la tierra, moverá siempre su voluntad a ir en pos de la perfección. «Sed perfectos, como mi padre, que está en el cielo.» Es decir, acercaos a Dios, en cuanto vuestra naturaleza lo consienta. Y como Dios es verdad, bondad y hermosura perfectas; el hombre debe perfeccionar cuanto le sea dable su verdad, la ciencia; su bondad, la moral, la política, la sociedad; su hermosura, el arte. Por eso puede con razón decirse que el reinado del cristianismo en la historia es el reinado del espíritu. Y como el espíritu es inmensamente activo, el reinado del cristianismo es también el reinado del progreso. Ved, señores, con cuánta razón me lamento de que se intente hacer esta divina religión cristiana cómplice del absolutismo por esos hombres, que gustan de respirar el fétido aire de los sepulcros, y que toman el fuego fosfórico, el fuego fatuo, que produce la descomposición de los cadáveres, por la eterna luz de la verdad y de la ciencia. (Aplausos.)

¡Y aún se duda de que el cristianismo haya derramado la idea del progreso en la historia! Jesús divinizó esa virtud progresiva que se llama esperanza: Jesús prometió que los hombres hijos de un mismo padre, hermanos, llegarían a tener un solo altar y un solo Dios. Este sentido de progreso debió seguir influyendo en las obras de los padres de la Iglesia. San Pablo enseña esta misma idea cuando dice que el hombre tenía nociones oscuras de Dios; porque era niño, y como niño su razón era débil; pero que cumplidos ya los tiempos proféticos debía Dios mandarnos su Verbo, para adoptarnos por sus hijos. Los padres de la Iglesia recogieron estas ideas, y las enseñaron al mundo maravillado. Y si no explicad ¿qué significa la celeste esperanza que centellea en la ciudad de Dios de San Agustín?



Destronada Roma, vendida por el Senado la estatua del valor, arrojados por los sacerdotes paganos los Dioses a la hambrienta voracidad de los bárbaros, triunfante el godo Alarico en el Capitolio, teniendo en sus manos el manto de los Césares empapado en sangre romana pronto a arrojarlo tal vez en los hombros del último de sus soldados; inundada de Ostrogodos Grecia, de Visigodos Italia, de Francos y Burgundos las Galias, de Suevos y Vándalos España, de Alanos el África, convertida toda la tierra en una hoguera, todo el cielo en espantosa tormenta; mientras los paganos, sin fe en la mente, sin esperanza en el corazón, ciegos por haberse apagado el antiguo ideal romano, maldecían la edad de dolor en que habían venido al mundo, y renegaban de los dioses y de los hombres; San Agustín escribe su ciudad de Dios a la luz de una hoguera, tomando su acento a la tempestad; la ciudad de Dios, rayo de luz en aquella espesa noche, iris de paz en aquella tremenda tempestad, santa y consoladora esperanza, que enseña al mundo a convertir los ojos al norte de la providencia, y a creer que del horno de aquellas guerras va a salir la humanidad más grande, más hermosa, más fuerte, como poseedora de la única fuente de la verdadera vida, que es el espíritu de Dios.

Y no se crea que esta idea se borró completamente de la conciencia humana. Las crónicas escritas en la edad media por los monjes, principiando siempre con el principio del mundo, nos dieron la unidad de la historia como el cristianismo había enseñado la unidad de toda la especie humana. Todas estas ideas muestran que la noción de progreso, aunque oscurecida, no se extinguió por completo. Un escritor, no seguramente católico, ni aun espiritualista: un escritor dado al materialismo, a esa doctrina, que repugna a mi corazón y a mi conciencia, Augusto Comte ha dicho: «Es evidente también que la gran noción filosófica del progreso humano ha comenzado a surgir, universalmente, por más imperfecta o incierta que en aquella sazón fuera, de los esfuerzos empleados por la Iglesia para mostrar su fundamental superioridad sobre todos los sistemas anteriores.» Y esto lo digo saliendo al encuentro a los que con un sentido filosófico más o menos claro niegan que el cristianismo trajera la noción del progreso al mundo.

Otro escritor, y este es católico, y católico, que ha muerto, por su virtud y por su fe en olor de santidad, y cuyas obras han sido publicadas por el clero francés, Mr. Ozanam, exclama: «Con el evangelio comienza verdaderamente la doctrina del progreso.» Y esto lo digo para ocurrir a las observaciones de aquellos, que con un sentido religioso más o menos claro niegan que nazca del Evangelio el dogma del progreso.

Esta idea naturalmente se esclareció en la filosofía, porque la religión, que nos ha dado las verdades divinas y las verdades morales, influye en la verdad científica. Esta idea se ha esclarecido en la filosofía moderna. Bacon, Bossuet, Boullanger, Turgot, Kant, Fichte, Hegel, Saint Simon; todos estos ilustres



filósofos, pensadores ilustres, cada uno según su escuela, según su doctrina, por este o por otro camino, todos han convenido en el dogma fundamental del progreso.

Todos conocéis sus principios. Pero lo que sin duda no recordáis en este momento, es el nombre de un mártir ilustre en los anales de la libertad y de la ciencia, que oprimido de dolores, cercado de inmensos males trazó con mano segura y corazón entero el dogma del progreso a la pálida luz de las mismas teas que iban a consumir su vida. Hablo de Condorcet y de su libro sobre la Perfectibilidad humana. ¡En qué tiempo se escribió este libro! Recordadlo, señores; la revolución francesa está en su periodo de delirio, Francia embriagada por sus ideas se halla poseída de una gran demencia como la Pitonisa en su trípode, la sociedad padece acerbos dolores al dar a luz una nueva idea política, el terror domina como absoluto dueño en la convención, el verdugo reina en la plaza pública, las calles de Paris resuenan con el estridente ruido de las carretas que arrastran a millares los desgraciado al cadalso: las instituciones antiguas reciben como si fuera la celebración de sus funerales una sangrienta hecatombe en la Vendée, el nuevo mundo político se desgarrá sus propias entrañas en la Gironda: los reyes de Europa rodean con sus huestes la Francia para ahogar aquel grao hervidero de ideas y de pasiones que iba a fundir en sus frentes la corona del antiguo absolutismo; el pueblo va devorando uno a uno sus hijos; Barbaroux es pasto de las fieras, la inteligencia de Buzot se apaga en un lago de sangre, la cabeza de Vergniaud, señores, de Vergniaud que había infundido su espíritu a la revolución, que le había dado la poesía de su genio y de su palabra, cae en el cesto de la guillotina en medio de los aplausos de aquella misma muchedumbre que días antes recogía entusiasmada el eco de su voz al pie de la tribuna; y en medio de aquellos horrores, Condorcet perseguido, oculto, con la cuchilla del verdugo pendiente sobre su cabeza, y el abismo de la muerte abierto a sus plantas; desgarrado el corazón, sabiendo que la desgracia se ceba en su familia, en sus amigos; entre estos horrores, decía, escribe con mano segura el dogma del progreso, como pudiera hacerlo un tranquilo solitario en su tranquila celda; y cuando por fin la muerte hiere su cabeza, cuando cae como todos los ilustres varones de Francia al pie del ara de la revolución, lejos de prorrumpir en maldiciones como Bruto, muere abrasado de fe, radiante de esperanza: alma hermosa, que como el águila, supera las tempestades, y alza el vuelo sobre las negras nubes, y mira con mirar tranquilo y sereno, sin curarse del rayo que hierve bajo sus alas, el sol de la libertad y del progreso que inunda de luz su corazón y su conciencia. (Estrepitosos aplausos.)

Sin este dogma del progreso no se explica, no se puede explicar la historia. Así es, señores, que mal trataríamos de comprender los cinco siglos que vamos a historiar, si no convirtiésemos los ojos a la edad precedente. Los siglos, las edades se eslabonan como la serie en la conciencia, como la progresión en



matemáticas, como los organismos en zoología; se eslabonan mediante una gran idea, que los une, y que es la razón común de su existencia.

El politeísmo había llegado a pensar en muchos de los problemas que debía resolver el cristianismo, y que ni la religión ni la filosofía antigua pudieron resolver; la idea del hombre, la idea de la humanidad, la idea de la libertad, la idea de Dios, la idea de la providencia, existían oscuramente en el paganismo.

Sócrates predica la idea del hombre, le hace sujeto y objeto de la ciencia, dice que la razón domina en la naturaleza, y que una concertada armonía debe dirigir nuestra vida, une la moral con un sentido religioso, mas no puede hacer penetrar esta idea en la conciencia de aquel pueblo, que por una gran contradicción tiene al hombre por tipo de todas sus ideas. El hombre se encorva bajo el peso del destino.

La idea de la humanidad, complemento de la idea del hombre, parece que va a posesionarse de la mente de los dos más grandes hombres de la historia antigua, César y Alejandro. Alejandro hereda el genio de todas las repúblicas griegas, es rudo como un espartano, elocuente y poeta como un ateniense; César, el genio de las dos grandes razas que dividen su patria, es elevado, grandioso como un patricio, expansivo, liberal como un plebeyo: Alejandro recoge en su alma todos los cánticos, todas las ideas, todas las glorias de la Grecia; César recoge todos los recuerdos y todas las aspiraciones de Roma: desea Alejandro someter el mundo a su idea, y el mismo deseo se aposenta en el alma de César; corre el griego al Oriente seguido de sus huestes, derrama en los aires la idea griega que le posee, rompe con sus plantas las fronteras, congrega a los pueblos; corre César a Occidente, entra en las Galias, en la Bretaña, en la Iberia, en la Germania, y llama alrededor de su carro a todas las gentes, o todos los pueblos: quiere Alejandro en el fondo de los umbrosos bosques del Asia realizar la unión del espíritu griego con el espíritu oriental, une sus capitanes con sus esclavas persas y asirias, se desposa él mismo con las reinas caídas en sus manos, y en su lecho nupcial quiere que de su beso de amor salga un nuevo hombre, un nuevo pueblo, que lleve los tesoros de las dos grandes almas que vagan por los aires; comprendiendo César que Roma va a ser eterna, llama a sus festines a todos los pueblos, a su soberanía a todas las razas, rompe el estrecho recinto de los privilegios patricios, y hace sentar en el senado, en el templo de la ciudad aristocrática los senadores bárbaros: y las ideas de estos dos grandes hombres les sobreviven y dominan en la historia, porque Alejandría levantada por el conquistador griego, es después de su muerte el centro de todas las ideas, la escuela de todos los filósofos del mundo, y Roma cuya alma había arrojado César sobre la tierra, es el trono de todas las razas y el templo de todos los dioses. (Aplausos.)

Pero el hombre y la humanidad son nada sin la idea de libertad. La libertad es en la antigüedad una noción oscurísima. La filosofía, en los tiempos antesocráticos, está encerrada en la naturaleza, y apenas



sabe nada del hombre. Buscaba el principio de la vida en el agua, en el aire, en el fuego, en lo infinito, en lo contradictorio, en el número, y nunca descendía a la conciencia del hombre, aunque cada pensamiento nuevo que amanecía, derramaba un nuevo aroma de espiritualismo en la ciencia. El alma para Pitágoras no era más que una hermosa nota de la eterna música de los mundos. Los eleáticos quieren adivinar algo de la libertad, levantar el alma a su personalidad, pero no pueden sostener esta alta concepción y la dejan caer y anegarse de nuevo en el océano de la naturaleza. Sócrates comprendió más la conciencia que la voluntad. La escuela de Antístenes, comenzaba a sentir la libertad, pero era una libertad negativa que consistía en aislar al hombre de los grandes objetos de sus ideas y de sus sentimientos, y confundirlo en sí mismo; libertad parecida a la que buscaban en el fondo de oscuras cavernas los eremitas de todas las regiones orientales. Platón, el genio sin duda más hermoso de los antiguos tiempos, cree que el alma se ve solicitada por movimientos distintos y discordes como los astros, como la materia; y en esto consiste toda su concepción de la libertad. Aristóteles cree que la virtud es hija de la educación, de suerte que apenas deja nada para la actividad del espíritu. Los estoicos fueron los que más cultivaron esta noción de la libertad, de la voluntad. Pero fuera más o menos clara, lo cierto es que en la antigüedad se comprendió la libertad de las clases sociales, pero nunca la libertad del individuo.

La idea de Dios, la idea de la Providencia, fueron estudiadas por Platón, por Cicerón; pero lo cierto es que Dios, como padre de la humanidad, como persona distinta del hombre y del mundo, como ser absoluto, como providencia del hombre y de la historia no aparece en toda su realidad hasta la aparición del Cristianismo. He, señores, hecho estas indicaciones, para que se comprenda cuán grande, cuán dilatado, cuán inmenso es el horizonte abierto a nuestros ojos. Preciso será que disimuléis mi atrevimiento.

Creo haber delineado el cuadro. Roma, disciplinando con su espada vencedora las gentes, fundiéndolas al pie del Capitolio, dándoles una ley, un hogar, una lengua, levantando a su alto asiento a todas las razas para ungirlas con el óleo de la soberanía; el cristianismo, humilde en su origen, desterrado de Jerusalén su cuna, conducido por unos pobres pescadores, sin ciencia, por el mundo, encerrado en el fondo de las catacumbas como la semilla en la tierra, y desde allí trastornando y demoliendo toda la sociedad antigua, que se une para contrastar tan formidable guerra; los dioses, aglomerados como trofeos de una gran batalla, espirando sin culto en el Panteón; las ideas, que habían cruzado por la mente de la humanidad, todas las ideas, que habían atormentado a los hombres, congregadas en Alejandría como una gran hecatombe que la ciencia antigua ofrece a la nueva religión; la Iglesia, la Jerusalén divina, levantándose



entre la tempestad y encerrando en aquel grande y pavoroso naufragio el espíritu de la civilización; los bárbaros, desgajándose sobre aquel mundo, con sus teas encendidas, con sus martillos prontos a pulverizar los cuerpos de los dioses paganos faltos ya del antiguo espíritu; todos estos elementos congregados, reunidos en una edad grandiosa, forman tan maravilloso y admirable cuadro, que no puedo a él convertir los ojos, sin que se quede suspenso el corazón, atónita la inteligencia.

¡Época grande! ¡Época admirable! El espíritu humano en medio de la gran tempestad, muestra todas sus brillantes facetas, y descompone todos los rayos de luz que se cruzan en aquellos horizontes. La conciencia de la humanidad que había consumido ya el politeísmo, árida y seca, espera la lluvia del cielo y la devora agradecida. El hombre, que parecía gastado, podrido entre aquellas grandes miserias del imperio, se regenera en el bautismo cristiano. Mientras los estoicos mueren, o bien de desesperación, o bien a los golpes de la cuchilla de los Césares, el cristiano baja al circo y muestra la inmortalidad en su muerte. La impotencia de la horrible restauración que intentan los paganos, se muestra en toda su triste desnudez. En vano grandes y célebres escritores intentan resucitar la fe en los Dioses; en vano se consultan los mudos oráculos, y se ofrecen víctimas en abundancia en los altares; en vano los retóricos pronuncian pomposas arengas, recordando la hermosura de Venus, los trabajos de Hércules, los grandes beneficios hechos al mundo por el paganismo; en vano la aristocracia y la religión se aúnan para salvarse en la gran personalidad de Símaco; en vano el genio de Juliano el apóstata corona con todo el esplendor de la ciencia, con todas las perlas del arte el gran cadáver del panteísmo materialista; lodo en vano: los Dioses huyen de la tierra, la abandonan; los templos se caen: hasta las estatuas clásicas se pulverizan, y todo el paganismo invocado por unos, bendecido por otros, recalentado en los palacios de los Césares, en el pecho de los senadores, el paganismo se muere, se descompone, y «leja solo cenizas en esta época de la historia. Las gentes que no han abrazado el cristianismo, patentizarán que en su pecho han muerto los restos de la antigua fe, y el día en que se presente en el circo romano un orador llamado Plotino, que hable griego correctamente, y envuelva sus ideas en símbolos deslumbradores, toda» aquellas gentes, ansiosas de una nueva creencia, le llamarán Dios y le alzarán un templo.

La tempestad extenderá sus negras alas, encapotando los horizontes. Aquellas inquietas tribus, que habían devorado tantos ejércitos, parece que van a concluir con el mundo; y al entrar en Roma, y esparcir por las calles y las plazas las piedras de aquellos inmensos muros, de aquellos grandes monumentos, una música divina suspende su corazón; es el canto de los sacerdotes cristianos: y su ira se desarmará, y se bajarán sus armas hartas de matar, melladas de golpear en los huesos de las víctimas, e irán a escoltar al nuevo Dios, significando así que los bárbaros van a ser soldados del cristianismo, por la pureza hermosa



de sus almas y por su amor a la libertad. La libertad bajará del cielo, y se quebrará para siempre la terrible coyunda del destino. El siervo y el Señor se llamarán hermanos, se unirán al pie del altar en un mismo destino. El extranjero sabrá que toda la tierra es su patria, y que doquier vuelva los ojos encontrará su Padre que está en los cielos. Concluirá para siempre el valladar insuperable que apartaba unos hombres de otros hombres, unos pueblos de otros pueblos, y todos caminarán con los ojos puestos en la columna de fuego de su ideal religioso, a la patria celeste, a la Jerusalén divina.

¡Época grande! El espíritu de Dios descende sobre el mundo, anima al hombre, anima toda la historia. La ciencia descansa en la ancha base de la inmortalidad del alma, de la unidad de Dios; el arte se siente más fecundo al inspirarse en el amor divino; la libertad, como un soplo de nueva vida, se esparce por todo nuestro ser, la igualdad de los hombres ante Dios, presenta el ideal de justicia de una sociedad perfecta y todas las generaciones y toda la civilización vivirá ya animada por este soplo que baja del calvario, en una misma fe, en una misma consoladora esperanza.

Señores: de nada servirían nuestras lecciones, si con ellas solo nos propusiéramos un fin científico; es necesario que procuremos también un fin moral. La inteligencia, que solo da de sí un corazón corrompido, es como la flor que da un fruto gusaniento. Y si en todos tiempos se necesita levantar el sentido moral, en ninguno se necesita en verdad tanto como en estos, en que el sensualismo y el principio de utilidad han corrompido a tantas conciencias. Somos jóvenes, y debemos volver por la honra de la juventud. ¿Qué podemos prometernos de esta generación, si cuando todavía tiene en sus labios la humedad de la leche y el perfume del beso maternal, se muestra ya viciada, corrompida y vieja? Ya sabéis lo que de la juventud hoy se dice. Su inteligencia, dicen, se ha apagado en las cenizas de la tierra; las hermosas alas, que Dios prendió a su corazón, han caído en el lodo, la flor de su vida destinada a ornar el cielo, está ya tronchada y roída por el vil interés; no lucha por hacer bien, sino por buscar el podrido alimento de sus pasiones; y así pasa sus días en el tedio, sus noches en el placer, y consume inútilmente el fuego de su existencia. ¡Ah! La juventud, sí, la juventud desmentirá estas calumnias. ¡Oh! Vosotros, que oís en el fondo de vuestro corazón las armonías de los grandes sentimientos; vosotros, que vais a formar con los hilos de vuestra vida toda la trama de la historia contemporánea: vosotros, que adivinando las maravillas encerradas en la conciencia, no queréis, no, profanarlas; vosotros, que guardáis la idea cristiana en el espíritu como la nacarada concha guarda la perla; vosotros, educados en la libertad, y destinados a hacerla grande y fecunda; vosotros, penetraos profundamente, primero de la idea del derecho, para que nadie mutile vuestra personalidad, después de la idea del deber, e imprimid esta idea en la conciencia como la ley de atracción está impresa en los astros; y seguid sus imperiosos mandatos,



que nos obligan a adorar a Dios, como padre, salud y providencia del mundo, a hermoear en nosotros su imagen, realizando la verdad, la bondad y la hermosura en la tierra; a amar al hombre con el amor que inspiraba Jesús, cuando decía: «amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, orad por los que os persiguen y calumnian; a fin de que seáis dignos hijos de vuestro Padre que está en el cielo, el cual levanta el sol sobre la cabeza de los buenos y de los malos, y llueve sobre los justos y los perversos, porque no es meritorio amar a los que os aman, lo cual hacen también los paganos, y vosotros debéis ser perfectos como vuestro padre es perfecto»: santos principios, ideas santísimas, que pueden hacer de la tierra un templo. del alma un espejo donde se refleje el cielo; y así, vosotros, realizando con fe en el espacio el ideal de vuestro siglo y vertiendo por doquier paséis el bien, y el amor que rebosan vuestras almas, dejareis una estela inextinguible en la historia, moriréis entre la bendición de vuestros hijos, y después, desceñidos de los lazos de la materia que os atan al mundo, volareis, como la paloma a su nido, o descansar de este penoso combate en el seno del Eterno.—He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)



LA CIVILIZACIÓN ROMANA. LECCIÓN SEGUNDA.

SEÑORES:

Lo primero que a nuestros ojos aparece, al estudiar los primitivos tiempos del cristianismo, es Roma, y por consiguiente, lo primero que va a ocupar nuestro pensamiento, es la civilización romana. Yo no puedo mirar esa gran ciudad, último esfuerzo del espíritu de la civilización antigua, remato de sus edades, sin quedarme maravillado y atónito ante esa pobre guarida de gente dispersa sin patria y sin hogar, que de tan humilde cuna se levanta a ser debeladora de Italia, reina del mundo; ciudad que en el fuego sagrado, cuya centelleante llama arde siempre al pie de sus altares, va arrojando todas las razas para que se limpien de las manchas de las antiguas civilizaciones; ciudad que iluminada por intuición clarísima, subyuga a todos aquellos pueblos que no tienen una idea más alta, y progresiva que la suya; y así vence en Zama a la raza semítica que anhelaba arrancarle el dominio del mundo, y torcer el majestuoso curso de los tiempos; vence en Corinto a Grecia, que poseyendo una idea hermosísima, se había quedado contemplándola en su santuario, o había querido llevarla hacia el Asia, cuando el Eterno quería que la idea civilizadora bajara como el sol hacia Occidente; vence en mil batallas a los reyes orientales, que no comprendían que el espíritu del mundo había huido de sus selvas, que el fuego de la vida se había apagado en sus altares, que el genio de la historia se había hecho hombre, y no necesitaba dormir ya en el seno de la naturaleza; y en todas estas victorias, lejos de exterminar a los pueblos caídos de rodillas ante su carro triunfal, los levanta, recoge su espíritu y lo enciende como un faro en el Capitolio, cautiva sus dioses y les erige en el Panteón un templo, reúne sus leyes y se las va dando al Pretor, para que en sus interpretaciones las una al antiguo derecho romano; y se empapa en la vida de los vencidos, y la recibe por todos sus poros, y la transforma y engrandece en su vasta mente, en su profundo pensamiento, y viene a ser así la encarnación de la humanidad, la síntesis maravillosa de toda la historia. (Aplausos).

Esta historia romana, señores, tiene indecibles encantos. Dos grandes ideas se habían dividido al mundo: el Oriente y Grecia. El Oriente había hecho del hombre un átomo de la naturaleza. El ser infinito como el aire como la luz lo llenaba lodo, la creación y la historia, no dejando espacio alguno a la libertad del individuo. El estado era como inmensa y profunda cárcel, la ley como pesada cadena. El sacerdocio oprimía las conciencias con su Dios panteísta, abrumador que pesaba como una losa sobre la frente del hombre, y oprimía las voluntades con la inmensa pesadumbre de aquellas castas, que unas caían sobre otras, a manera de férreas argollas. Confundidas las instituciones políticas y la religión, unidos el sacerdote y el guerrero, la ley divina y la ley humana, el despotismo era eterno, inquebrantable; se apoderaba del hombre en la cuna, lo conducía por la tierra, lo llevaba como de la mano en toda la vida,



y si acaso ponía el infeliz esclavo alguna esperanza en la muerte, allí como una sombra se le aparecía también su impío dueño, que llevaba en su mente los secretos de la otra vida, y en sus manos las llaves de los sepulcros.

Pero como la vida no se pierde, antes deja huellas indelebles en el espacio; la sociedad asiática plantea en la historia la idea de ser y sustancia, la idea de Naturaleza, la idea del Estado, la idea aristocrática, la idea de autoridad, y de consiguiente su encarnación más poderosa, la monarquía, deja, en una palabra, escritas en el espacio todas las grandes instituciones y todas las ideas sociales que absorben, pero educan la personalidad humana. Mas un día aquella sociedad inmóvil se corrompió, porque el Océano de la vida necesita de grandes vientos, que lo agiten y lo purifiquen, y el mundo concibió entonces la idea del individuo, la idea de libertad, y nació Grecia.

Acariciada por grata naturaleza, ornada de bosques perfumados que convidan a la meditación al pensamiento, ceñida de hermosos y rientes mares que lejos de encrespase como el Océano se rizan cual si quisieran mecer tranquilamente al hombre con su blando arrullo, circundada de islas hermosísimas parecidas a flotantes cunas de flores, que aguardan un recién nacido, Grecia es el templo del hombre, y por eso lejos de encerrarse en la corteza de la creación, la anima con su espíritu; lejos de caer abismada en Dios, lo crea a su imagen; lejos de levantar el despotismo, levanta la ciudad, hogar doméstico de las libertades; y su templo no es gigante mole como en Oriente, sino un edificio aéreo, ligero, abierto a todos vientos, exhalando de cada una de sus piedras el ritmo de las ideas humanas; y el poeta no es el sacerdote que va a buscar la inspiración en el altar o en los libros sagrados, sino el pobre hijo del pueblo que anda de cabaña en cabaña, de región en región, cantando, no el total aniquilamiento del hombre en Dios, sino las guerras de los hombres con los dioses; y el tipo del arte no es ya ese eterno ser, profundo, inmenso, que vive devorando y rumiando seres, sino la organización del hombre, ideal de belleza; y la escultura prohibida entre los orientales, viene a ser la primera y más grande y más hermosa de las creaciones del alma de Grecia; y el legislador es un tribuno levantado por la voz del pueblo en la plaza pública; y más batallas ganan allí los poetas que los guerreros; tierra de bendición, en cuyos horizontes alborea la primera luz de la libertad, en cuyo seno risueño y hermoso renace el hombre transformado, exhalando de sus labios un cántico de amor, y ciñendo a sus sienes una corona de artista. (Ruidosos aplausos.)

Grecia debía engendrar primero la idea del arte, y en religión el culto del hombre, en política la república democrática, en filosofía la noción del alma y del pensamiento, en derecho el individuo colectivo, la ciudad; es decir, señores, todos los grandes elementos expansivos, liberales, todos los que tienden a encerrar al hombre en su personalidad. Así el hombre allí es todo, resplandece en el sol, ve su



imagen mecerse en los mares, cruzar los vientos, centellear en los astros; su voz murmura en los bosques, su aliento se exhala del cáliz de las llores, su idea forma las armonías de las esferas, sus diosas mismas son hermosas mujeres, que el hombre ha estrechado contra su corazón, que han compartido su lecho, y que a través del espacio le envían un beso de amor, como Diana enamorada acariciaba con sus lágrimas y con sus dulces suspiros en la callada noche desde el cielo, la blanca frente de Endimión dormido bajo un mirto, a orillas de un arroyo, aletargado por aquel amor divino, que no es tanto el culto del hombre a uno diosa como el culto del hombre a sí mismo, a su pensamiento, a su propio espíritu que es todo el secreto, y toda la vida de la bellísima religión pagana.

Ved, señores, las diferencias de estas dos grandes épocas de la humanidad: el Oriente adora la naturaleza, Grecia al hombre; el Oriente es despótico, Grecia republicana; el Oriente inicia la idea de autoridad, Grecia la idea de libertad; el Oriente crea las sociedades, Grecia la ciudad, el individuo; el Oriente forma pueblos inmensos, extendidos por inmensas regiones bajo el látigo de un señor, Grecia de rodillas a los pies del hombre, recoge su alma y la arroja en sus poesías, en sus tablas, en sus monumentos, estudia su organización, su cuerpo y lo reproduce en sus estatuas: el Oriente es el gran sacerdote de la historia, Grecia su gran poeta. ¿Pero van a perderse estos dos grandes elementos? No; que está ahí para recogerlos y condensarlos en su seno el alma de la ciudad eterna. Roma es el templo y el sepulcro de toda la civilización antigua; Roma recoge en su seno el Oriente y Grecia, sus dos grandes ideas, sus elementos; Roma es la síntesis de toda la historia.

Señores; dos grandes leyes pueden asignarse a la civilización romana: una interior, que consiste en la perpetua lucha de los dos elementos, del Oriente y Grecia que compone su vida: otra exterior, que consiste en la asimilación que hizo de todo el mundo; Roma recibió el espíritu del universo, y dio al universo su espíritu. Veremos la primera ley en la República; veremos la segunda en el Imperio.

Roma solo es Roma en tiempo de la República; después en el Imperio Roma es la humanidad. Veamos cómo lucharon el espíritu oriental y el espíritu occidental en las grandes y portentosas elaboraciones de la vida romana.

El elemento oriental absorbente se halla representado por los patricios, y el elemento griego, expansivo, se halla representado por los plebeyos. Toda la historia de Roma, hasta sus más ligeros accidentes, se engarza en esta ley suprema. En su configuración hay dos colinas, que son como dos troncos de las ideas que van a dividir la historia; el monte palatino, que es el templo de los patricios y el monte Aventino, que es la tribuna de los plebeyos. En sus orígenes hay dos pueblos. Existe el etrusco, triste, sombrío, sacerdotal, dado a sacrificios cruentos, amigo de fiestas fúnebres, consagrando la propiedad con un sello



del cielo, para que sea sagrada, inviolable y eterna como la vida de sus dioses, buscando siempre en las entrañas palpitantes de las víctimas, en el vuelo de las aves, en los puntos cardinales del horizonte, los augurios, que son los verdaderos timbres del poder de las aristocracias y el verdadero amuleto para amedrantar a las muchedumbres; el etrusco, que calentaba en sus hogares y en sus templos el huevo de que había de salir el águila de la aristocracia romana. Y a su lado vivían los latinos, hijos de Circe y de Ulises, que engendrados en una isla, entre el ruido de una gran fiesta, en el lecho mismo de un festín; adoradores de la riente naturaleza, dados a risueñas ceremonias religiosas, en que gustaban de emancipar por algunos días sus esclavos; pastores como lo fueron sus padres de la Arcadia; poetas que al sembrar el trigo lo saludaban con hermosos cánticos, fuertes y valerosísimos, que debían introducir en Italia el culto de Hércules; liberales y expansivos, como destinados a derramar sobre el mundo el espíritu de la ciudad eterna, y o ser por su origen la raíz de la gente plebeya. En su primer rey se reúnen también los dos grandes elementos, el Marte griego forzando a la Vesta oriental, que hasta entonces se había conservado virgen, sin admitir en su seno el espíritu, ni el genio de ningún pueblo, el Marte griego uniéndose a la Vesta oriental engendró a Rómulo, hijo pues de patricios y plebeyos, del Oriente y Grecia.

La ciudad se levanta sobre esta misma ley; en su cima está el templo donde reside el sacerdote, el noble que ha de conservar el espíritu de Roma; a sus pies duerme el guerrero, el pueblo que ha de extender y glorificar ese espíritu en el mundo. Lo mismo sucede con sus reyes. Numa, sacerdote y guerrero como los jefes de las tribus orientales, que se inspira de un genio superior a la humanidad, que encarna sus leyes en símbolos indescifrables para el pueblo, que va a pedir inspiración a los bosques, a las fuentes y a los arroyos, y deja caer su cabeza sagrada en el seno de la creación, como si pretendiera, dolido de la libertad que Grecia había dado al hombre, volver a encerrar el espíritu que ya emancipado vuela por los espacios en el capullo de la naturaleza, Numa es el ideal patricio. Y Servio, que lleva con orgullo el nombre de siervo, que luce en su frente la marca de la esclavitud, que rescata a los deudores, que distribuye tierras entre el pueblo, que levanta un templo en el Aventino, la montaña de las tempestades, como la llamaban los patricios, que convoca a los latinos a gozar del aire de la ciudad, y a que pongan miedo en el ánimo de los que se sientan en el monte Palatino; Servio es, en una palabra, la viva personificación de la libertad, el puro ideal de los plebeyos.

Y lo mismo sucede en sus hermosos símbolos. La aristocracia tiene su Lucrecia, casta mujer, que guarda los dioses lares, que atiza el fuego del hogar, que pasa la noche hilando con sus esclavas, lejos de los placeres del mundo como la sacerdotisa asiática, entregada a guardar la familia, y que allí ve sorprendida su castidad y empañada su pureza por la tiranía, y rasga sus entrañas, en las cuales se



calientan las raíces de la libertad de los nobles: y la democracia tiene su Virginia, hermosa, pura doncella, ideal como las vírgenes de Grecia, que no ya en el hogar, porque no lo tiene, sino en la plaza pública va a perder su pureza, y que víctima y mártir de su raza, riega con su pura sangre la flor de las libertades populares. Y este mismo ritmo se ve en su lengua compuesta de vocablos orientales y griegos; en su literatura, que tiene poetas aristocráticos, como el liberto Terencio, el amigo de Scipion y Lelio, y poetas demócratas, como Plauto, que gana la vida dando vueltas a la rueda de un molino; en su religión, que recibe el Júpiter Olímpico, y el Mithra asiático: en sus instituciones, que tienen toda la fuerza expansiva de una república griega, y todo el poder y toda la concentración de un gran imperio del Asia.

Pero ¿cómo fue desarrollándose esta gran lucha? La raza pelasgo-etrusca era la señora; la raza pelasgo-latina era la esclava. La constitución de la familia es la constitución de la ciudad. Para comprender pues, la organización de Roma, no miréis, señores, la ciudad; mirad la familia. Los individuos desaparecen en el *pater-familias*, encarnación de todos los derechos, alma de la sociedad, el cual haciendo vibrar su lanza en las curias, es legislador; sentado en el trono del hogar, rey, tirano; poniendo la piedra de su sepulcro en el sagrado campo, eterno propietario; presentando libaciones y holocaustos a sus dioses lares, pontífice; genio misterioso y solitario, que con solo fruncir las cejas como Júpiter en su trono de nubes puede perder a infinitos seres, que tiene derecho de vida y muerte sobre los que le rodean, que habla por medio de sagrados símbolos, que da fuerza de leyes públicas a sus mandatos privados; cuya palabra es irrevocable; y cuando trata de formar la familia, sin amor en el corazón busca una doncella y desde el punto en que parte su cabellera con la punta de su lanza, y la compra dando por ella a su padre el precio anteriormente convenido, la hace pasar en brazos el dintel de la puerta, sin que pueda tocarlo con sus plantas, la encierra en lo más hondo y apartado de la casa, la constituyo en perpetua tutela, y la destina a que lo dé hijos, sí, hijos que vienen al mundo sin personalidad jurídica, que viven sin representación legal, alados siempre con inquebrantable cadena a las plantas de su padre; seres desgraciados, como los clientes que todas las mañanas al nacer el sol van con la esportilla a sentarse a la puerta del patricio para llevarle algunos frutos y recoger en cambio un pedazo de pan; aunque no tan desgraciados como el esclavo, que no tiene religión, porque la filosofía antigua no se cura gran cosa de si el esclavo tiene alma; que vive sin padres, sin amigos, sin esposa, sin hijos, porque la compra y la venta se los arrebatan a cada instante de su lado; que no puede abrir su corazón a ningún sentimiento generoso, su inteligencia a ninguna idea, abofeteado, escupido, oyendo siempre los chasquidos del látigo, contado en todos los inventarios antiguos entre el perro y el caballo de la casa, bebiendo aquel brebaje compuesto de agua del mar y vinagre, y algunas gotas de miel que el severo Catón, el Censor,



propinaba como muy a propósito para dar fuerza al esclavo, piedra negra de aquel sombrío hogar; y todos estos seres, la mujer, los hijos, los clientes, los esclavos, son como un pedestal de carne y hueso, sobre que se levanta el patricio, no misericordioso como los antiguos patriarcas bíblicos, sino sombrío y ceñudo, verdadera reminiscencia del déspota de Oriente. (Aplausos.)

Como se ve, el patricio es señor, encarnación de todos los derechos, y el plebeyo es cliente, encarnación de todos los deberes. La primer época del patriciado es la época de los reyes. Aunque en esta apartada edad se encuentran dos grandes poemas, dos grandes historias, el poema y la historia de los patricios, y el poema y la historia de los plebeyos, la verdad es que domina el patriciado, el sacerdocio. Los símbolos sagrados, la frecuencia de los augurios, la consagración de toda la vida a los dioses, el derecho encerrado al pie de los altares, todo enseña que el patricio es etrusco, que el etrusco es sacerdote, que el sacerdote es rey. Y no puede, señores, suceder de otra suerte. Los pueblos niños, al dar los primeros pasos en la vida, se ponen siempre bajo la tutela de un sacerdote; porque no alcanzan a respetar el poder, si el poder no tiene un sello divino y no les habla en nombre del cielo.

Así en torno de los reyes aparece el fuego del cielo, que los rodea sin quemarlos, serpientes simbólicas que se arrastran a sus plantas, libros sibilinos que iluminan sus pensamientos, ninfas misteriosas que les dictan leyes, dioses que los protegen con su poderosa egida, oráculos que hablan en su favor, todos los signos de una aristocracia fundada en el sacerdocio, y de un sacerdocio inspirado en el Oriente. Es verdad que al lado de los reyes sacerdotales existen los reyes guerreros, y al lado de los reyes guerreros los reyes plebeyos; pero lo cierto es que los guerreros existen solo con carácter de oposición, y los plebeyos como símbolos de aspiraciones no bien definidas, al paso que los sacerdotes que suelen ser también guerreros, llenan con su palabra y con su poder y con su poesía todas las páginas de esta historia desde Numa hasta Tarquino.

Y esta es la primer faz de la aristocracia, el primer momento de su poder. El carácter divino de toda la historia primitiva es muy propio para hablar a los sentidos y a la imaginación de pueblos primitivos también. El sacerdote habla en nombre de Dios, cuya voz retumba en el trueno, cuyo cetro es el rayo, y en nombre de Dios anonada la voluntad y la inteligencia del pueblo, que no es osado a sacudir la inmensa pesadumbre de sus inmensos deberes. La ley es revelada, y por lo mismo inviolable. Su espíritu está contenido en símbolos, que nadie puede penetrar. Solo el sacerdote, en comunicación perpetua con Dios, descifra esos símbolos. Y ved aquí, señores, cómo se recorre en la historia romana también toda la serie de la evolución histórica; el sentimiento, la imaginación, reinan en esta primer edad poética y divina. De ella data el carácter simbólico y religioso del primitivo derecho romano.



Pero los mismos instantes, que recorrió la aristocracia oriental, debía recorrer la aristocracia romana. La aristocracia oriental fue el sacerdocio de la India en los primitivos tiempos, y fue, cuando la idea humana despuntó en sus horizontes, el guerrero de la Persia. La tiranía subsiste en el fondo; pero se aparta de la conciencia, Y esta gran transformación de la aristocracia sacerdotal en aristocracia guerrera que hemos visto en Oriente, se halla representada en Roma por la sombría figura del primer Bruto, silencioso bajo la tiranía de los sacerdotes, cruel después para fundar el régimen de los guerreros.

La aristocracia del sacerdocio, sin duda, porque el pueblo se somete fácilmente al yugo religioso, es blanda con el pueblo; la aristocracia guerrera, sin duda, porque el pueblo tasca difícilmente el freno de la fuerza, es dura con el pueblo. Sin embargo, una aristocracia sacerdotal por su misma lenidad es durable; y una aristocracia guerrera por su misma fuerza es transitoria. La esclavitud del pueblo será más cruel; pero el anhelo del derecho, que acaso nunca hubiera penetrado en su corazón bajo los sacerdotes, penetra bajo los fuertes. Hay un instante en la historia romana, en que parece que va a renacer la casta del Oriente. Esta idea cruza por los libros filosóficos, o mejor dicho, religiosos de aquella edad; esta idea cruza también por la mente de los patricios sabinos, que han heredado el poder de los patricios etruscos. Toda la constitución de la ciudad está basada en la idea de casta. El patricio tiene el derecho civil en su poder, allí donde todavía el derecho natural no existe; su patria potestad se extiende a la mujer, a los hijos, a los clientes y a los colonos; la vibrante lanza es su cetro, su palabra y su deseo son leyes de la República. Los plebeyos no tienen derecho, dependen siempre del patricio; no tienen trabajo, porque la industria no existe; no tienen propiedad, porque solo es verdadera propiedad lo que está bajo el poder de los dioses. Mas la casta no renacerá, no, en Occidente, en la tierra patria de la libertad. Para que la casta exista, es necesario que ciegamente el inferior, el mártir de ese régimen se someta a la casta; y el plebeyo latino tiene demasiado vivo su origen griego en la memoria, para que no arda en sus venas la heroica sangre de sus padres. La casta oriental, ese retroceso en la revolución maravillosa de la historia, será imposible. Veámoslo.

El pueblo había contribuido a arrojar al patriciado sacerdotal personificado en los reyes y ¡oh triste condición! había caído en manos del patriciado guerrero. El pueblo pues no había conseguido nada con la caída de los reyes. Ni la creación de dos reyes perpetuos llamados consulares, ni el establecimiento de las asambleas por centurias, ni las leyes de Valerio Publícola, que obligaban a los cónsules a bajar sus haces ante aquellas augustas asambleas, y que castigaban con pena de muerte al que intentase llamarse rey, podían satisfacer al pueblo, que solo vivía del bolín arrancado al enemigo en la guerra, que si tenía algún pequeño campo, no sagrado, sino movable, lo abandonaba para cargar con las armas, ponía



sus hijos y sus mujeres bajo la salvaguardia del patricio, y al volver a la ciudad se encontraba ¡él! que había visto huir los reyes y los pueblos en su presencia, que había agrandado los horizontes de la ciudad antes encerrada en sus colinas, se encontraba sin su propiedad, porque el patricio se había alzado con ella, a cuenta de la manutención de la familia; y al ver a sus hijos hambrientos, que le rodeaban pidiendo pan, iba a casa del señor, le pedía algunos asses con la condición de pagarlos en la próxima campaña; y llegaba la campaña, y entonces no tenía de que pagar; y el acreedor le arrancaba al lecho, aunque estuviera herido con heridas ganadas en una victoria, lo ponía a caballo, lo llevaba ante el Tribunal, le ataba con correas las manos, le oprimía con cadenas los pies, le daba una libra de harina para que se alimentase, lo encerraba por sesenta días en un calabozo, desde cuyo oscuro fondo, sin ver la luz, sin poder apenas respirar, oía el infeliz los gritos de su mujer y de sus hijos que agonizaban de hambre en la puerta, y cuando se abría la pesada puerta no era para darle libertad, no, era para llevarlo al mercado romano, o allende el Tíber, donde se celebraba el mercado extranjero; y allí lo vendían tal vez a los mismos enemigos que días antes había vencido en los campos de batalla, los cuales se gozaban en martirizar al ciudadano rey que tantas veces los había rendido y humillado; de suerte, señores, que el pueblo había auxiliado a una gran revolución, había vertido también su sangre por arrojar a los reyes, y ¡triste suerte! había caído en manos de los poderosos, de los usureros, que se vestían con su piel, devoraban su carne, y se bebían su sangre, y la sangre de sus hijos. (Aplausos.)

El pueblo, que no podía sufrir este martirio, comprendiendo que sin su presencia la sociedad es imposible, y que él en aquella sociedad era solo la concentración de todos los deberes, se retiró al Aventino, la montaña de las tempestades. En vano corrieron los patricios a pedirles de rodillas que volvieran; en vano Menemio Agripa les pronunció un discurso, último fragmento del lenguaje simbólico, que se iba a extinguir en los labios de los patricios; allí, toda una clase social, movida por una sola idea, estaba de pie, apoyada con sus armas, sin curarse de sus señores, enseñándoles con una mano su aislamiento, no tan triste como su egoísmo, y con la otra los enemigos, que como nubes de polvo levantadas por el huracán iban a caer sobre sus hogares; y pidiéndoles, no promesas sino pactos, no limosnas sino leyes; y entonces nació el Tribuno, que se asentó a la puerta del Senado, y prestó atento oído a sus deliberaciones, para interponer su veto; principio de una libertad negativa, que podrá parecer pequeña conquista, pero que era ya una voz:, y la libertad y la justicia en el mundo no quieren ejércitos, ni poder, ni oro, sino que sus enemigos les dejen la palabra, seguras como están siempre de alcanzar un triunfo; y así el Tribuno humilde, levantándose en frente de los patricios, debía abolir los privilegios, las



magistraturas, tapiar con una losa el Senado, abrirla ciudad eterna al mundo, y hacer del capitolio, el hogar de todas las razas de la tierra. (Generales aplausos.)

Desde este instante crece el ardor del pueblo, y a manera de una inmensa llama, que se aviva al soplo de los vientos, va rodeando al Senado, el cual no puede apagar aquel incendio. Yo no conozco, señores, historia más grande. Es grande la aristocracia, es grande el pueblo. Sin la aristocracia Roma no hubiera sido la ciudad: sin el pueblo Roma no hubiera sido el mundo. La aristocracia le dio el carácter, la primitiva idea; el pueblo le dio el derecho, la hizo cosmopolita. De la aristocracia recibió el alma; pero de la democracia recibió el amor, que es el alma del alma. Y de esta lucha biológica entre la aristocracia y la democracia sale como de un molde forjada la gran ciudad, que con la quiritaria lanza en una mano y el fuego de la libertad popular en la otra, hace suyo todo el mundo.

Siento que me falte tiempo en esta noche para describir esta gran lucha. Los plebeyos en el Aventino habían pedido a los patricios un pacto. Esta demanda elocuentísima enseña que el derecho amanecía en su conciencia, que la libertad hablaba en su corazón, que allí, al pie del Aventino, el alma del siervo, del cliente había dejado su triste larva, y comenzaba a volar por más espléndidos y dilatados horizontes. ¡Un pacto! Es la primer carta de naturaleza que el plebeyo toma en la ciudad. Pero toda libertad que no se funda en la ley es como una palabra escrita en el viento. Lo primero que habían hecho los plebeyos, había sido negar la tiranía; después necesitaban afirmar, extender una base donde alzar su personalidad recién nacida en la montaña de las tempestades.

El pueblo solo había sido sujeto de derecho, quería ser también sujeto de derecho. Para esto necesitaba levantar un Senado plebeyo frente a frente del Senado patricio, las asambleas del pueblo frente a frente de las asambleas de la nobleza. A la idea de libertad tan natural en nuestro espíritu, va siempre unida la idea de causa. El hombre y el pueblo, que se sienten libres, no se contentan con recibir el derecho, necesitan causar el derecho. Y merced a esta idea, a que llega el hombre siempre, y el pueblo como el hombre por las leyes lógicas de su razón, que son leyes reales como las leyes de la naturaleza, nacieron los comicios por tribus, reducto levantado por los pobres frente a frente de la gran fortaleza de las curias, donde se refugiaba el patricio.

Pero la libertad no puede generalizarse, sino con la igualdad, y la igualdad no puede existir sino por medio de la ley escrita. Cuando el código escrito no existe; en nombre de fórmulas sagradas o en nombre de tradiciones religiosas, el poderoso amordaza y aherroja al débil. El derecho escrito, grabado en todas las conciencias, superior o la voluntad cambiante de los hombres, el derecho escrito, que es una generalización de la libertad, el derecho escrito señala ya el periodo de la razón en los pueblos. El tribuno



debía con sus protestas, con sus vetos aspirar a una ley que obligara lo mismo al patriciado que a la democracia, augusto sello de la libertad.

Entonces nacieron las leyes de las XII Tablas. La crítica ha mostrado que este código nada tiene de griego; pero la tradición poética lo ha derivado de Grecia. Este sentido poético muestra que los romanos reconocían que eran venidas de Grecia las ideas de la democracia, y que bajo la protección de Grecia pusieron esta su grande y decisiva victoria. En las leyes de las XII Tablas reina también el perpetuo antagonismo de Roma. Los plebeyos invaden, los patricios resisten. La invasión es señal de fuerza, la resistencia señal de vencimiento. Ya no lucha el patriciado por la victoria, lucha por la vida. Tres caracteres tienen las leyes de las XII Tablas; el primero es de garantía de los plebeyos contra los patricios; el segundo señala el pensamiento de un nuevo derecho al lado del antiguo derecho sagrado; el tercero muestra los esfuerzos de los patricios para resistir a los plebeyos. Así se nota que la ley es inmutable, que obliga al patricio a considerar a su cliente y a no hacerle daño, que manda al usurero bajo severas penas restituir el cuádruplo, que se pone entre el sacerdote y el ciudadano, para que en nombre de los dioses no sea violada la propiedad, en una palabra, se nota que la victoria del desvalido sobre el fuerte va en rápido crecimiento, al paso que las leyes, prohibiendo el matrimonio entre patricios y plebeyos, dejando subsistente la primitiva pena ciclópea del Talión, impidiendo las canciones satíricas contra las personas revestidas de altas dignidades, prueban que la rota de los patricios es cierta, y desesperada su última resistencia.

El pueblo no se puede contentar con tener esta ley escrita, con ser causa de derechos necesita un escudo en los tribunales. El plebeyo, rey en la plaza, es mísero esclavo en el Foro. El patriciado conserva en su mente las fórmulas sagradas del derecho, los medios de proceder en juicio. Estas fórmulas sagradas, misteriosas, poéticas descendidas del ciclo y descubiertas solo al privilegio de clases superiores enseñan que la imaginación y el sentimiento dominan en los pueblos primitivos. La razón madura de un pueblo, que ha entrado en vías de libertad, no podrá satisfacerse con fórmulas oscuras y secretas, con palabras misteriosas e ininteligibles. Querrá saber por qué el padre de familia da un bofetón a su hijo para emanciparlo, por qué la herencia es aceptada sonando los dedos, por qué se concluyen los contratos dándose los contratantes las manos, por qué se denuncia una obra nueva al Edil arrojando una piedra al muro, por qué los augures con sus ceremonias y sus símbolos intervienen en la aplicación de las leyes; porque, en fin, se necesitan todas estas y otras muchas misteriosas fórmulas para hacer valer el derecho. El patriciado resistirá tremendamente a esta demanda del pueblo. Mientras él guarde las fórmulas religiosas, el plebeyo estará a sus plantas y en el polvo. No podrá litigar, no podrá ir a los tribunales, no



podrá reclamar sus derechos, sin llamar antes a la puerta del patricio a pedirle humildemente su protección y su venia. Pero un día, un hombre audaz recogerá estas fórmulas y las escribirá en su conciencia; y después las revelará en toda su desnudez a los ojos atónitos del pueblo. ¡Revolución inmensa, señores, revolución prodigiosa! La nube en que se envolvía el patriciado se deshará como niebla, el rayo divino se apagará en sus manos, el esclarecimiento del misterio será la muerte del privilegio, la letra no oscurecerá el espíritu, ni la fórmula se sobrepondrá a la razón; las interpretaciones de la equidad del Pretor agrandarán inmensamente el círculo del derecho, la tradición sagrada e inviolable se descompondrá en la conciencia del pueblo libre y progresiva, el jeroglífico egipcio traído a Roma por los Etruscos dejará de ser sello de la tiranía, y el sentimiento religioso propiedad de los privilegiados; el humilde, el desvalido podrá luchar la luz del día, y no en las sombras; revolución inmensa, portentosa, sin cuyo auxilio el derecho romano hubiera sido siempre oscuro, siempre inmóvil, siempre religioso, cuando Dios lo había destinado en el plan de su providencia a ser claro, progresivo y humano.

Pero aun antes del descubrimiento de estas mismas fórmulas iba creciendo el pueblo en libertad y en derechos. La montaña de las tempestades eclipsa el sagrado monte palatino. El plebeyo tiene asiento en la ciudad civil, asiento en la ciudad política, pero no tiene hogar doméstico. Su casa no es un santuario sellado por el derecho. Entonces se recoge en sí mismo y aspira a tener una casa, a tener un lecho protegido por la espada de la ley. Pide el *jus connubium*. La aristocracia lucha; pero cede. El plebeyo, el cliente podrá estrechar contra su pecho a las hijas de los patricios, podrá llevarlas a su tálamo nupcial, podrá tener una familia sagrada, quebrantando así el último de los grandes privilegios sociales.

Y como ha quebrantado los privilegios sociales quebrantará los privilegios políticos. El plebeyo será cónsul, edil, pretor, y lo que es más aún que todo eso, el plebeyo será censor. Y como ha quebrantado los privilegios sociales, y los privilegios políticos, quebrantará también los privilegios religiosos. El plebeyo entrará en el templo, pondrá sus manos en el ara, encenderá el fuego del sacrificio, formará parte del gran colegio de los sacerdotes sibilinos. El espíritu de libertad triunfa del espíritu aristocrático, el espíritu expansivo de la humanidad triunfa del espíritu exclusivo del patriciado; el mundo todo debe ser de esta gran ciudad.

Entonces Roma, ya no cabía en su recinto, y salió de sus siete colinas, como de su madriguera la leona, y blandiendo su lanza, embrazando su escudo, pidiendo inspiración al genio de sus victorias, dirigió sus ojos inyectados en sangre a los cuatro puntos del horizonte; y como si la abrumara inmensamente el peso de su alma, quiso repartirla entre los pueblos: cogió el polvo de las ciudades italianas y lo fue arrojando



en el Foro para formar la ciudad eterna; dejó por todas partes, como reflejos de su alma, como encarnaciones de su ser, colonias y municipios: convirtió sus armas al Oriente, y huyeron las legiones de Antíoco, y se destrozaron unos contra otros los carros de oro y marfil, en que dormían su voluptuoso sueño los déspotas; volvióse después a Grecia, rompió la columna macedónica, que Plutarco llamaba invencible monstruo escamado de espadas, y entonó un cántico de triunfo en las montañas de la libertad, en el desfiladero de las Termópilas; corrió al desierto; el caballo núbida, ligero como el soplo del huracán, huyó también; Annibal, aquel portentoso y heroico soldado, que atravesando los Alpes y cayendo de victoria en victoria sobre Italia, contempló cierta noche a Roma a la luz de la luna, medio envuelta en el polvo, trémula, llorando sus mejores hijos muertos, próxima a desaparecer bajo las espadas cartaginesas de la haz de la tierra, Annibal, en los últimos días de su vida, apenas pudo encontrar para dormir el sueño de la muerte, un pequeño campo que no fuera, o romano, o tributario de Roma; y así por las puertas de la gran ciudad entraban elefantes con troncos de marfil en el lomo, camellos cargados de plata acuñada, bueyes arrastrando las piedras de grandiosos edificios, los dioses de todas las teogonías, poetas, retóricos, oradores de Grecia, hermosas cautivas orientales con mantos de púrpura en los hombros y cadenas de oro en las manos; y así Roma solo descubría a su alrededor pueblos y reyes postrados de hinojos y rendidos, como el altivo Prusias, que raspada la cabeza y plegadas las manos, en señal de homenaje, ofrecía holocaustos a las legiones romanas, como el hijo de Masinissa que depositaba su corona a las plantas del Senado, como los ciudadanos rodios, que se tenían por muy contentos con ser esclavos de Roma, como el griego Polibio, que exaltaba los Leónidas que habían peleado contra los persas y quería borrar de la historia patria los Leónidas que habían peleado contra los romanos, como todo el mundo, que hacía de la tierra una peana y del ciclo un dosel, para albergar a la última diosa del paganismo, a la diosa Roma. (Aplausos.)

Pero volvamos al objeto principal de nuestras lecciones; a la gran lucha interior de la ciudad, que formaba la civilización romana. Roma después de estas guerras comenzaba a sentir grandes y profundísimos dolores sociales, de cuyo seno iba a surgir el imperio. El estado de Roma era el siguiente: la revolución política se había concluido, comenzaba la revolución social. La antinomia que hemos advertido en política, vamos también a advertir en este nuevo y formidable aspecto que toma la revolución romana. Veamos el estado de la República.

Las antiguas curias habían muerto; solo quedaban los augures de que Cicerón se reía, los símbolos que el pueblo llamaba inepticias, los treinta Helores como estatuas puestas sobre un sepulcro: los nobles se habían encerrado en las fortalezas de la ciudad romana, en el Senado, y contentos con las grandes



riquezas que provenían de los regalos de los reyes, de la depredación de las provincias, apenas se curaban de la nueva libertad, esa esclava emancipada, a la que no pudiendo vencer con la fuerza, castigaban con el desprecio: el oleaje revolucionario había producido una clase, llamada de caballeros, hija del pueblo, al cual, ya encumbrada, despreciaba, aspirante al patriciado, al que hacía una guerra interesada y egoísta, clase que, enriquecida con la usura, se había ido poco a poco apoderando de la propiedad, y que, favorecida y en alto grado por la revolución, casi su única legataria, quería contener su oleaje, valiéndose de medios horribles nunca imaginados por los antiguos patricios, cuando ese oleaje amenazaba sus privilegios, clase sin las pasiones generosas de los pueblos, sin la grandeza augusta de los nobles, idólatra de su bienestar, y de su interés, mezquino engendro de aquella portentosa revolución: el pueblo se había mermado de una manera horrible, los huesos de sus hijos blanqueaban en toda la tierra, y sus restos, encerrados en los comicios por tribus, gozaban de una soberanía nominal, invocada siempre por los partidos, y siempre desconocida, soberanía irrisoria, que era una afrenta más en su triste suerte; y oprimido por las deudas, y teniendo por acreedores a los caballeros, les vendía su voto, de suerte que los plebeyos eran pobres perros de caza arrojados contra los nobles, y que deponían fieles a los pies de los caballeros la codiciada presa: el campo romano ya no se destinaba a la agricultura, sino a tierra de pastos, y bastando un esclavo a cada propietario para guardar el ganado, no necesitaban recurrir al pueblo, que falto de trabajo, esa fuente de vida, se moría de hambre: los esclavos traídos de las guerras extranjeras, convertidos en libertos poblaban a Roma: los pueblos Italianos oprimidos por los tributos, pedían, llamando a la puerta del Senado, el derecho de ciudadanía, y no pudiendo vencer a Roma con las armas, la ahogaban con su continuo clamoreo; y allá en el fondo de la sociedad, como esos huracanes que hierven escondidos en los abismos de los mares, el eterno mártir de la historia, el paria transformado por el progreso en esclavo, sentía asomar en su mente la idea de su libertad, que iba a descender del cielo, y rugía, y amenazaba levantarse, y de tiempo en tiempo producía algunas sublevaciones semejantes a las sacudidas de una tierra que guarda un gran volcán en sus entrañas. (Aplausos.)

Esto debía producir una revolución, y esta revolución debía engendrar a los Gracos. En su tiempo la constitución romana solo se basaba en el oro; los antiguos símbolos se habían trocado en dinero, el derecho y el gobierno habían caído del altar del sacerdote al escudo del soldado, y del escudo del soldado a las plantas del propietario (Bien Bien), los votos en los comicios por centurias, no se contaban por personas, ni por familias, sino por riquezas; los comicios por tribus eran inútiles, porque no se les consultaba sino en apelación, y por fórmula, y como el pueblo no era rico, no tenía derecho a ser pueblo; los caballeros iban a ser gobernadores de las provincias, las oprimían, las saqueaban, y después volvían



a acumular tierra sobre tierra, y a devorar las entrañas del pobre, y como ellos eran los censores, sus tierras no pagaban tributos, al paso que el censo caía con inmensa pesadumbre sobre el pedazo de tierra que de aquel naufragio había podido salvar el infeliz plebeyo, pedazo de tierra que bien pronto se comía la usura del rico, único título para ganar todos los derechos; y cuando una sociedad desprecia la virtud, el talento por el poder y la fortuna, cuando funda el derecho, cuyo asiento es el alma, cuando funda el derecho, decía, en el oro, y solo al oro concede honores, distinciones, privilegios, y por luciente oro lo vende todo, esa sociedad está perdida; la desmoralización roe sus entrañas, el vicio seca su mente, la gangrena se extiende por todo el cuerpo social, y Dios misericordioso, sí, pero siempre justiciero, manda a esas sociedades malditas la guerra, el hambre, la destrucción, la muerte, como mandó al pueblo de Israel aquellas serpientes, cuyas mordeduras crueles envenenaban su sangre, y comían a pedazos su corazón y sus entrañas, por haberse olvidado del espíritu, y de la ley, y haberse rendido ante el becerro de oro; castigo triste pero merecido, que en iguales circunstancias se repite siempre en todas las páginas de la historia, y que es el cauterio que Dios aplica a los pueblos devorados por el vicio y la podredumbre.

Para curar estos males que parecían incurables, Dios mandó a los Gracos. Tiberio, valeroso, el primero que subió a la brecha en Cartago, elocuente, educado en la filosofía y en las artes griegas, de natural tranquilo, y pacífico y dulce, arrojado a la revolución por el continuo clamoreo del pueblo, teniendo en su corazón una caridad desconocida de los antiguos, educado por una madre, que anhelando la libertad de la mujer antigua, era más bien cortesana del pueblo que diosa del hogar doméstico, Tiberio, dejándose llevar de su ardor, propuso una ley, cuyo objeto era justo, porque tendía a recabar las tierras públicas acaparadas por los nobles; y viendo rechazada esta ley, propuso otra injustísima, que trastornaba toda la propiedad; y entonces, abandonado de los caballeros, no bien querido del pueblo, un día, el día destinado a renovar la magistratura de Tribuno, le anegan todas las iras que se habían condensado sobre su frente, y delante del templo de Júpiter Capitolino, a cuyos sacerdotes en vano pidió socorro, cae herido y muerto con trescientos de los suyos: sacrificio cruento, pero sacrificio inútil para la aristocracia, porque de las cenizas del tribuno brotarán los Marios y los Césares. (Aplausos.)

Tiberio no había vencido, pero había dejado planteada la grande, la pavorosa, la inmensa cuestión social. Allí mismo recogió Cayo la herencia de su hermano, Cayo era más vehemente, más apasionado, más hermoso; su actitud era majestuosa, su voz poderosísima llenaba el Foro, su elocuencia más griega aunque la elocuencia de Tiberio arrebatara los corazones tan fáciles de mover por la magia de la palabra, su caridad era como un fuego purísimo en que ardía su alma; su valor no conocía límites, ni su generosidad medida; educado en la filosofía griega que los patricios tenían por indigna de la severidad



romana, grandes presentimientos agitaban su corazón, grandes ideas su mente; y la injusticia social de que era víctima el pueblo le movía a ira; pues nunca ha ofrecido la historia un tribuno más decidido por el pueblo, ni más desinteresado en su decisión; y así llama a los pobres, y comprendiendo que el trabajo ennoblece, emprende grandes vías, reparte entre los desheredados la herencia de Atalo, abre las puertas de la ciudad a los italianos, y en su corazón no cabe solo el pueblo romano, sino todas las gentes, espíritu feliz, que era como el primer albor de la gran alma de César, que se dibujaba en los horizontes de la ciudad eterna.

El Senado sabrá la manera de vencer a tan formidable enemigo; Cayo era tribuno, el Senado se hará demagogo. El pueblo fácil en amar como en aborrecer, pues el pueblo tiene sus faltas, sí, faltas, que el historiador no debe ocultar nunca, porque son acaso las más graves, y de más grave trascendencia, creyó las sugerencias de los enemigos de su gran defensor, de su gran tribuno. ¡Extraordinario joven era Cayo Graco! En medio del menosprecio universal, que del trabajo hace la antigüedad, adivina la eficacia del trabajo; en medio del exclusivismo intransigente del patriciado su alma se abre al sentimiento de la humanidad; en medio del odio, que la antigua Roma profesa a todos los pueblos, su corazón ama a los vencidos, pues vende el trigo de España en pro de los españoles, e intenta levantar de sus cenizas a Cápuia, a Tárento y a Cartago. Pero los que le rodean no le comprenden, el pueblo no alcanza a leer en su alma, y solo el instinto del odio de sus enemigos adivina toda la magnitud de su pensamiento. Se celebra la votación para las magistraturas, y el pueblo elige a los enemigos de Graco. La hora de la contienda suena, hora suprema, en que va a ser sacrificado el joven más noble de Roma. La aristocracia se reúne, armada, amenazadora, insultante, en su trono, en el monte Palatino. Graco se dirige con los suyos al trono de los plebeyos, al monte Aventino, desafiando sin armas el furor de sus enemigos, volviendo los ojos o la estatua de su padre que se levanta a lo lejos, devorando tranquilo y resignado los insultos de los que él quería salvar, y que lo van a perder; y cuando los nobles le ven, tiemblan, temen el poder de su genio y de su palabra, prometen una amnistía a sus parciales, y la mayor parte le abandonan, y los pocos que a su lado quedan van cayendo heridos a sus pies por las flechas, que desde el contrario campo asestan los arqueros cretenses, y entonces, sin esperanza, sin auxilio, solo con su gran idea, quiere partirse con su agudo puñal el corazón; pero dos de sus amigos le detienen, pelean a la entrada del puente Sublicio, y mueren allí para darle tiempo de huir; y huye, y en el seno del bosque de las Furias, a la sombra, descansando un instante de su larga carrera, oyendo el estrépito de las armas de sus enemigos que le buscan, se rasga la túnica y muestra el desnudo pecho a un esclavo, para que hunda allí su espada; y en efecto el esclavo le obedece; corre su pura sangre, dirigen sus ojos la última mirada



al cielo de Roma, y muere a los treinta años, cuando la vida rebosaba en su seno; héroe, mártir del pueblo, perseguido y anonadado ¡oh dolor! por el mismo pueblo. Su cabeza, que un artista griego hubiera querido para que le sirviera de tipo de hermosura, es comprada por el Senado a peso de oro, y comprada muy cara, pues el infame que la vendió le había quitado los sesos, y había llenado aquel cerebro, que llevara sin romperse una gran idea, de plomo.

La revolución social seguía en su camino; murieron sus mantenedores, pero la revolución quedó en pie, horrible y pavorosa. De estas luchas, como siempre, salían ganando los caballeros. Los comicios por centurias crecían en importancia, y el derecho de juzgar, verdadero atributo de la soberanía, pasaba a ser exclusivamente suyo. En este agitado tiempo dos eran las grandes luchas que había en Roma, luchas que se levantaban como toda la vida romana, en la grande y poderosa antítesis de Oriente y Occidente, de Asia y Grecia. La primera lucha es política, y consiste en las repetidas instancias de los italianos para entrar en el derecho de ciudad; y en los repetidos ardides empleados por la exclusiva aristocracia para burlar estas instancias, lucha, en que resplandece el genio de la idea expansiva, de la idea plebeya, y el genio de la idea exclusiva, de la idea patricia. Y al mismo tiempo hay otra lucha social; la lucha antigua del pueblo para conseguir la ley agraria; para ser propietario como había sido tribuno, edil, pretor, cónsul y pontífice. Y del seno de estas grandes luchas nace un hombre que se llamaba Mario.

Educado en la escuela de Escipión Africano, habiendo asistido al sitio de Cartago y al sitio de Numancia, venció en los dos encuentros más terribles que registra la historia, a los bárbaros del Mediodía, y a los bárbaros del Norte, a los Númidas, cola separada de la serpiente cartaginesa, que se movía amenazante, hombres horribles, de pasiones tan ardientes como las arenas de sus desiertos, de empuje tan violento como los huracanes; y vence a los Teutones y Cimbrios venidos del Norte, enemigos como nunca los había visto Roma, de colosal estatura, pues superaban con su cabeza los trofeos romanos, que de un salto pasaban cinco caballos en fila, que más podían por sus gritos feroces, y por los golpes dados con las lanzas en los escudos, que por sus armas guerreras, que entraban en batalla formando un cuadrado inmenso, como si fueran una ciudad animada, y encerrando multitud innumerable de carros, donde iban sus hijos y sus mujeres, las cuales eran tan espantosamente fieras, pero tan altamente heroicas, que en aquel día tremendo de los campos pútridos, cuando vieron caer uno tras otro, a sus padres, a sus hermanos, a sus hijos, arrollados por las legiones enemigas, víctimas de su barbarie y de su inexperiencia, lejos de rendirse a la servil coyunda, mataron a los ancianos, ahogaron entre sus brazos y sus lágrimas a los pequeñuelos para que no fueran esclavos, ni atestiguaran la victoria de sus enemigos; y destrenzando sus largas cabelleras, se ataron fuertemente a los cuernos de los bueyes, que tiraban de



sus carros, y alanceándolos con rabia, murieron dispersas por los campos, desgarradas en las breñas y en los árboles, aplastadas en el suelo, poniendo espanto y terror en el ánimo de sus enemigos, que se asustaron de tan bárbara pero de tan heroica grandeza.

Este Mario, vencedor de los Nómidas, de los Teutones, de los Cimbrios, gran general, era jefe del pueblo. Pero a decir verdad, no tenía ninguna de las cualidades que el pueblo necesitaba en sus jefes. Era necesario un hombre de vida pura y de alta moralidad, y Mario había sido publicano; una inteligencia elevada, sublime, capaz de dirigir al bien aquella deshecha tempestad, y Mario era un latino semibárbaro; un orador vehementísimo, elocuente, que confundiera en el Foro a los enemigos del pueblo, y Mario solo sabía rugir como los Nómidas, aullar como los Ambrones; un corazón abierto a todas las pasiones, franco y entero, y Mario era solapado, pues a los nobles prometía una cosa y otra a los plebeyos, y concluía siempre por hacer lo que más cuadraba a sus intereses; un alma que abrazase en su amor a todo el pueblo, y Mario, cuando se trataba de ir a la guerra extranjera se crecía y esperezaba como el león, pero en tratándose de la guerra social se encerraba en su casa, diciendo que sus delicados nervios no le permitían presenciar la desunión de Roma; necesitaba el pueblo un hombre generoso, y Mario era avaro; un gran jefe, y Mario sabía vengarse, pero no sabía mandar; demasiado latino para ser romano, demasiado romano para ser latino, demasiado caballero para ser plebeyo, y demasiado plebeyo para ser caballero, siendo la democracia en él más bien instinto que reflexión; sus amigos, enemigos de su gloria, le sacaron de las ruinas de Cartago, que era hermoso fondo para el cuadro de su muerte, y le llevaron vencedor a Roma, donde solo supo verificar terribles matanzas, que oscurecieron su nombre, y morir ignominiosamente después de un festín, de un hartazgo de ánades, y de una borrachera de vino de Falermo. (Bisas)

¿Qué se había logrado en tiempo de Mario? Este hizo proponer al tribuno Saturnino una repartición de tierras a los aliados italianos, y cuando vio que la proposición naufragó, dejó que los nobles mataran a pedradas al tribuno. Apoyó a Druso para que pidiera el derecho de ciudadanía para los italianos, y después por mala fe o por ignorancia dejó que aquel derecho fuera ilusorio. Mario era más bien la pasión del pueblo que su idea. Pasó por el horizonte como un cometa, solo dejó ruinas, cuando el pueblo necesitaba grandes cimientos donde apoyar su derecho.

Frente a frente de Mario se levantó Sila. Educado en las altas esferas sociales, nacido para oponer su fuerza a la revolución, amamantado en odio al pueblo, soñando con una dictadura para sí, que le llevara a resucitar a Roma con sus gentes y sus curias; de inteligencia más que profunda, sagaz y astuta, conociendo los hombres con una mirada, y calificándolos con una palabra; enemigo irreconciliable por



instinto y por convicción de todas las democracias, y así ahogó en sangre la cuna de esas ideas, la riente Atenas; simulado y traidor, teniendo algo de tigre, si se atiende a su afición a respirar vapor de sangre; rodeado siempre de magos, hechiceros, sacerdotes orientales, como muy devoto, no de los dioses, sino de adivinanzas y maleficios; hijo de la Fortuna y del Amor, como él se llamaba, pero hijo emponzoñado, canceroso, viciosísimo, corroído de males infames y horribles que yo no puedo mencionar aquí; viviendo siempre en brazos de prostitutas esclavas y de torpes mancebos; muy amigo de los cómicos, y cómico él también, porque su abdicación de la dictadura no fue más que una comedia ridícula, en que abandonó el trabajo del poder para conservar toda su fuerza y toda su realidad; menospreciado de la propiedad, arrojándola como cebo y presa a sus sicarios; vengador de los nobles, pues agitando una tea encendida en la mano, persiguió y anonadó a los plebeyos; y vengador también de los plebeyos, porque expulsó de la ciudad, por deseo de lucrarse con sus tierras y riquezas, los más potentados de los caballeros; cruel en su reacción contra los partidos y los hombres, y tímido en su reacción contra los derechos y principios populares, pues no fue osado a resucitar las curias y dejó vivas las centurias; de suerte, señores, que ¡oh impotencia de los omnipotentes! aquel hombre había exterminado una generación, había cubierto de luto la Italia, había arrojado sobre Roma la nube de sus hambrientos sicarios, había roto los fundamentos de la propiedad para alimentará sus cortesanos, se había retorcido, y revolcado en sangre y lodo, y en la hora de espirar, lleno de remordimientos, como sucede siempre a los impíos y a los tiranos, vio caer a pedazos su obra lo mismo que su cuerpo, pues murió gangrenado, de muerte vergonzosa, y tan podrido por sus vicios, que su cadáver exhalaba en sus funerales asquerosísimo hedor, como si personificación aquel hombre de todas las ideas de su clase en vida, fuera su cadáver también el cadáver de la aristocracia romana. (Aplausos.)

La aristocracia personificada en Sila, y la democracia personificada en Mario, lucharon, pero ambas a dos cayeron en el polvo, sin fuerzas, como dos gladiadores que mutuamente se han herido en una larga y porfiada contienda. Entonces llegó verdaderamente al poder la clase media, la clase de caballeros personificada en el general Pompeyo, que a no dudarlo tenía la altura correspondiente a su idea. Mirad la historia y os quedareis maravillados, señores, de que cada hombre es un símbolo, que oculta una idea, como la misteriosa lámpara oculta el fuego, como el árbol oculta la savia. El representante de la clase de caballeros era Pompeyo, llamado grande en sus tiempos; juicio, que en verdad, no ha confirmado la historia. Pompeyo quería a toda costa conservar la antigua República, es decir, quería conservar un cadáver. Creía sin duda que las ideas de los caballeros, el término medio, en que se encerraban, eran bastante a impedir la putrefacción de aquel gran cuerpo. Pretensiones tenía Pompeyo de grande; pero



era demasiada pequeña su causa. Dios no concede grandeza sino a los hombres, que mantienen grandes pensamientos. Tres fueron sus guerras; la de Sertorio, que concluyó por una traición, por un asesinato; la de los Piratas, que concluyó por una concordia, y la de Oriente, que Plutarco llama un paseo militar, y Catón, amigo de Pompeyo, una guerra digna de mujeres. (Risas.) Como político, la indecisión fue su carácter, el amor de sí su principal sentimiento, la popularidad injustificada y estéril su objeto, el abandonarse a los acontecimientos su norma, y la confianza en su fortuna toda su fuerza. No merecía en verdad concluir la gran República en tan pequeña punta.

El alma y el pensamiento de Pompeyo era Cicerón; dotado de alta inteligencia, de maravillosa flexibilidad y abundancia en su palabra; hacedor de pomposos y ruidosísimos discursos, obras, bien al revés del gran Demóstenes, más que de la naturaleza del arte, más poeta que filósofo, más amante de la retórica que de las grandes convicciones, ecléctico en política y ecléctico en filosofía también; indeciso en carácter como en ideas incierto, pues admirando a Mario, en cuyo loor escribió en sus mocedades un poema, alabó a Sila, y amigo de Pompeyo hasta la muerte, quemó incienso en aras de César; acusador elocuente de la aristocracia, y de sus exacciones, y de sus sacrilegios personificados en Ver res, y violento defensor de los crímenes y atrocidades de los caballeros, personificados en Rabirio; instrumento la mayor parte de su vida por su palabra y por su genio, de las alteradas pasiones de los partidos, y por lo mismo poniéndose a servicio de muy malas causas; cruel, muy cruel como suelen serlo siempre todas las almas débiles; vanidosísimo, y como todos los vanidosos, pagándose de lo que menos poseía, del valor, hasta el punto de pretender eclipsar los timbres del mismo Pompeyo como lo muestran aquellos versos, por cierto muy malos de «cedant arma togae;» pésimo hombre de gobierno, como hoy galicistamente se dice; lo cual suele ser achaque de todos esos oradores de gran imaginación, de abundosa y fácil palabra, de largos y rotundos periodos, de amenas flores retóricas, idóneos, muy idóneos para cautivar los ánimos, para encender los corazones, para derramar en la conciencia del pueblo las grandes ideas; pero muy poco idóneos para disciplinar las voluntades, para dirigir las o un fin, para contener las fuerzas, para refrenar los malos instintos, para luchar con todos los grandes obstáculos que surgen siempre en el espacio y en la política práctica; y así Dios, que ha querido la división del trabajo, ha dado a unos genio, poesía, para difundir las ideas, a otros constancia, valor, para realizarlas; y los grandes oradores que olvidan esto, se pierden, como le sucedió a Demóstenes, gigante en la plaza pública, pequeño en el campo, y a Mirabeau coloso en la Asamblea, y miserable juguete de la intriga en la corte, y a Lamartine, cuya lira ha encendido en amor a la libertad los corazones, y cuyo gobierno perdió la libertad; como le sucedió a Cicerón, que al arrancar el derecho de juzgar al Senado, y al



aniquilar a Catilina creía ahogar entre sus brazos a sus enemigos, y lo que en realidad ahogaba en sus brazos, era lo que pretendía enaltecer, a su propia madre, la República romana. (Estrepitosos y generales aplausos)

En vano Cicerón arrancó su jurisdicción al Senado; en vano Pompeyo levantó del polvo los comicios por tribus; esta restauración popular fue tan impotente como la restauración aristocrática de Sila. Lo que en realidad crecía en las entrañas de la República era la idea que parecía ahogada con los Gracos, la idea social, que indudablemente perseguida y anonadada en la esfera de la ley, había tomado un aspecto formidable y espantoso, el aspecto de una tremenda revolución.

Esta idea social estaba representada por Catilina. Calumniado ha sido este hombre, y muy calumniada su idea: examinemos el hombre y la idea sin embargo, o la clara luz de una crítica más alta. Revolución sin más objeto que trastornar la sociedad, se ha dicho por los vencedores. No es cierto, Catilina quería volver sus propiedades o los aristócratas despojados por Mario, o los demócratas despojados por Sila, a los mismos veteranos de Sila despojados por Pompeyo, y esta era su idea social; quería conceder verdaderamente, sin ambages ni distinciones, el derecho de ciudadanía a los pueblos italianos, derecho que se les había concedido en tiempo de Druso, pero que, merced o la política del Senado, había sido irrisorio o inútil, y esta era su idea política. Perseguido y despojado en tiempo de Sila por su amor ni pueblo, no torció como Craso la balanza de su juicio, y por eso no fue repuesto en sus bienes en tiempo de Pompeyo. Es verdad que su pobreza le llevó a contraer deudas, y es verdad también que las deudas lo precipitaron en la infamia. Pero ¿tiene derecho a echarle esto en cara su historiador Salustio, que tomó un gobierno, y partióse a una provincia, la saqueó de una manera vergonzosa e inaudita, y luego se volvió a Roma a plantar orientales jardines, y a construir magníficos palacios? Catilina aunque de origen etrusco, y senador, no varió nunca de opiniones, en lo cual aventajaba mucho a su incierto y tornadizo enemigo Cicerón. Pero como después de aquellas cruentas guerras pedía un poco de pan para los pobres ciudadanos hambrientos, aglomerados en aquellas casas de siete pisos, donde se respiraba aire mefítico, y se vivía vida triste y enojosa; los aristócratas, los caballeros, los usureros le pintaban en conciliábulos secretos, dispuesto a quemar por sus cuatro costados a Roma, bebiendo sangre todas las noches, matando algunos hombres para no perder la crueldad, negros colores que el mismo Cicerón dice en una carta a su amigo Tito Pomponio Atico que él usaba para hacer más tristes, más sombríos, pero al mismo tiempo más vistosos sus cuadros. Tenía Catilina extraña audacia, gran valor, constancia a toda prueba, una facundia inagotable, un amor a sus amigos extremado; y su muerte, en medio de la pelea, casi sin gentes, habiendo roto las haces de sus enemigos, y caído en el suelo de espaldas, con una profunda herida en el



pecho, y otra en la frente, empuñando fuertemente su espada, y dejando aún entrever en sus ojos el último fuego de su rabia, prueba que había abrazado con fe aquella su causa, y que supo sostenerla con indecible heroísmo.

La República se creía sana y salva después de la muerte de Catilina. Nunca se había encontrado más enferma. Todas las clases sociales, que habían subido al poder, habían mostrado su incurable impotencia. Ni los sacerdotes, ni los guerreros, ni los nobles, ni los tribunos, ni los patricios, ni los caballeros podían salvar a Roma. Parecía que iba a morir la gran ciudad en el instante mismo, en que la providencia la necesitaba para su más grande, y su más augusta obra. Entonces el espíritu de Roma se hizo hombre, y se llamó César.

César, como hombre, es el resumen de la antigüedad, como guerrero, su espada disciplina para prepararlas a la unidad humana todas las razas, como político, es el defensor del plebeyo contra el patricio, como ideal histórico, es el representante de la humanidad contra el exclusivismo de la ciudad romana. Mirad al hombre. Yo no he visto pasar ante mis ojos en la historia ninguna figura más portentosamente grande. Considerémosle como hombre, como guerrero, como repúblico. Descendiente de los dioses y de los reyes, y descendiente al par de los plebeyos, reúne en su carácter todos los elementos de la ciudad romana; la ambición le posee, pero esa ambición de lo infinito, de lo maravilloso, que es el hambre, y la sed divina del alma del héroe, la cual no cabe en la tierra, y estalla encerrada en el espacio: un amor inmenso por todos los hombres, aun los más bárbaros, por todos los pueblos, aun los más enemigos de Roma, anima su corazón y lo engrandece; una idea superior, que como todas las grandes ideas debía vencer y dominar y ser fecunda le posee, y es la estrella norte de su vida y de su genio; su voluntad inquebrantable busca todos los caminos que puedan conducir a su fin, que es refrenar la gran tempestad de las luchas romanas y ponerlas a servicio del mundo; y unido a todo esto, tiene muy varias cualidades como hombre; es delicado al punto de ceder su lecho a un amigo inferior en categoría, pero enfermo, y de castigar a un esclavo que le había dado en un convite pan más blanco que a sus demás compañeros; magnánimo y compasivo hasta gozarse en arrancar a las garras de las fieras los gladiadores heridos; cruel, cuando la crueldad le convenía, pues no dudó un punto en corlar las manos y los pies de treinta mil prisioneros en una de sus guerras; tan sobrio, que mereció los elogios de Catón, el cual decía que César era el único enemigo de la libertad que había conocido sobrio; y tan disipado y tan vicioso, que había contraído la enorme e increíble deuda de mil trescientos talentos antes de obtener ningún cargo: orador, que sino por la poesía y la elegancia, aventajaba a Cicerón por el sentimiento; escritor originalísimo, y después de Tácito el más distinguido en la literatura romana; matemático y astrónomo,



que por las noches a la puerta de su tienda pasaba largas horas estudiando el concierto de los mundos; hombre de una atención extraordinaria, que dictaba al mismo tiempo que iba marchando y dirigiendo sus ejércitos, cinco o seis cartas a sus secretarios; de una fuerza de fascinación tan poderosa, que se atraía al abismo de su corazón hasta sus mayores enemigos; de una afición tan grande a los espectáculos, y de una esplendidez tan maravillosa, que reunió en Roma todos los climas, como había reunido en su Senado todos los hombres, y plantó jardines orientales, donde se paseaba con su tardo paso el elefante, y se comía la jirafa el cogollo de las palmeras, que inundó el campo de Marte y dio en él una fiesta naval, que cubrió con un toldo de seda el teatro; alma inmensa, que descompone en sus mil facetas todos los matices de la luz de su siglo, que abarca todo el mundo; pues desde cualquier punto que le miremos, César será siempre en el desierto de las edades uno de esos gigantescos y pasmosísimos colosos, que tuercen con sus hercúleos brazos a nuevas regiones más limpias y serenas la impetuosa corriente del revuelto río de los tiempos. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Ese es el hombre: y ¿el guerrero? Aquel joven calvo, blando, blanco, desceñido y flojo, de aire femenil, luciendo unos ojos que Suetonio llamó de cuervo, epiléptico, tocado de los nervios como la más alta señora romana, va a las Galias, anda a pie quince millas por día, pasa en el rigor del invierno los ríos a nado, llevando en una mano su escudo, y en la otra su caballo, y en los dientes la espada; entra en un país ignorado, virgen, lleno de pantanos que él ciega, de bosques umbrosos que él tala con sus hachas, de altares cuyas aras destilan sangre, que él destroza; haciendo huir los dioses bárbaros, las nueve vírgenes que en la isla de Sem despertaban y adormecían con su canto las tempestades, las furias que en los escollos del mar de la Bretaña celebraban, almas sin cuerpo, horribles orgías, espantando a los navegantes con su continuo clamoreo, y con los fúnebres sonidos de sus bárbaros címbalos; pasa a la Bélgica, a las islas británicas, aplasta en sus paseos militares dos millones de hombres como si fueran un hormiguero, se bate cuerpo a cuerpo con sus enemigos dentro de las mismas olas del gran mar britano, ahuyenta a los suevos, a los germanos, como si presintiera los destinos del mundo; come en Dirraquium pan de yerbas, manda desde una barca a una escuadra que se le rinda, y la escuadra le obedece; rompe con su inteligencia más que con su fuerza las huestes de Afranio en el Segre, las huestes pompayanas en Pharsalia; va al Asia, y de aquellos encuentros que le valieron a Pompeyo el título de grande, dice: «Veni, vidi, vici», matando así la gloria de su rival; combate en Munda abandonado, a pie, lleno de cólera, recomponiendo con su voz y con su ejemplo su ejército que veía próximo a desbandarse; y al morir lucha cuerpo a cuerpo con los traidores, y cuando se ve ya vencido, presenta el vientre y el pecho a sus enemigos, desarmado no por su fuerza, sino por la ingratitud del fiero Bruto, que él creía su hijo; como



si reuniendo todo el valor de los héroes antiguos, aquel hombre quisiera en tan supremo instante coronar su gloriosa vida con gloriosísima muerte. (Aplausos.)

¿Cómo República? Le he llamado el representante del pueblo. Se suele decir que yo tengo empeño en poetizar esta gran figura histórica, y en atribuirle designios que no pudo de ninguna suerte concebir. Hablarán por mí los hechos sencillamente con toda la persuasión de su muda elocuencia. A los diez y siete años resiste a Sila, ante cuya autoridad había bajado su frente el gran Pompeyo. El crimen de que se acusaba a Catilina lo cometió César, levantó el águila de Mario. Llega al consulado, y su primer idea es el pueblo, y nuevo Graco, su primer ley es la ley agraria. Parte las tierras públicas entre los padres que tenían más de tres hijos, y realiza así el pensamiento de toda la gran revolución social que atormentaba a Roma. Da la feliz comarca de la Campania a los pobres, que gracias a la caridad de César no sufrirán ni el despotismo de los patricios, ni la usura de los caballeros. Humilla a los dos grandes enemigos de la plebe, a los caballeros a quienes obliga a que se presenten públicamente en el teatro, y a los patricios que hace sentar junto a los senadores galos. Castiga con sus propias manos a los soldados y sicarios que habían martirizado al pueblo en tiempo de Sila. Y en los tribunales acusa a Roscio, infame caballero, protegido por Cicerón, que con sus dilapidaciones había chupado la sangre del pueblo. Bien comprendía la plebe romana, bien sabía que César era su hechura y su genio, el resultado de sus luchas, el hijo de su propia vida, pues abandonando a Pompeyo, le envió a su campo sus dos tribunos, para que dieran a la obra de César lo único que le faltaba, el sello de la legalidad, la augusta protección del derecho romano. Así, en Farsalia, mientras Pompeyo tenía a su lado la aristocracia personificada en Bruto y Casio, los caballeros personificados en Cicerón, y el genio de la antigua república personificado en Catón; César tenía a su alrededor los pueblos esclavos que había hecho libres, los gladiadores que había salvado de las garras de la muerte, los italianos, a quienes había puesto en el trono de Roma, en el derecho de ciudadanía, los plebeyos, que había redimido del hambre y de la usura; el genio de la humanidad que batía sus anchas alas sobre la augusta frente de su soldado; y mientras los pompeyanos celebran un festín, y se reparten ya los grandes destinos desde el de Edil hasta el de Pontífice, no sin discusiones y contiendas, César, que como el pueblo lo era todo, se arroja sobre ellos, manda a sus guerreros que hieran en el rostro a aquellos aristócratas elegantes, que prefieren huir torpemente antes que afean sus rostros, y los degrada para siempre a los ojos del mundo y de la historia, y justifica la eterna dictadura del Imperio.

Y ¿dudáis aún, que César es el genio del pueblo? Pues yo pretendo que es el genio de la humanidad. Los italianos habían pedido inútilmente el derecho de ciudadanía desde los primeros tiempos; César les



abre de par en par las puertas de Roma, para que entren a sentarse en su trono, entonando un cántico de triunfo en loor de la victoria, que consigue el genio expansivo de la humanidad contra el genio egoísta del antiguo patriciado, de la ciudad antigua. Allá en su mente arde la idea de lavar las grandes injusticias de Roma, y extiende una mano al África, y levanta de sus ruinas a Cartago, y extiende otra mano a Grecia, y levanta de sus cenizas a Corinto, es decir, vuelve a levantar los hogares de la idea oriental y de la idea griega, que como dos ríos que unen sus aguas se habían perdido en el gran Océano de la política de Roma. Los senadores se habían resistido a dar el derecho de ciudadanía a los italianos, y César lo concede a los galos y a muchos españoles, y nombra senadores a sus mismos vencidos, y así rompo la corteza del árbol de Roma, y esparce su savia por todo el mundo. En toda su vida manifestó este mismo pensamiento; fue questor para favorecer las colonias latinas; fue abogado, no para defender en el Foro como Cicerón los intereses de una clase social, sino para abogar por todas las ciudades de la tierra. ¡Qué proyectos zumbaban en sus oídos y se aglomeraban en su mente, cuando los infames puñales de los Brutos y de los Casios cortaron el hilo de su vida!

Quería la unidad del mundo, abriendo las puertas del Capitolio o todas las gentes; quería la unidad del derecho, reuniendo en un solo código todas las leyes romanas; quería la unidad religiosa, levantando un templo en medio del campo de Marte, donde cupieran los dioses de todas las teogonías; quería al pie de la roca Tarpeya construir un anfiteatro para divertir a los embajadores que todo el mundo debía mandar a Roma, hogar de la humanidad; quería romper el istmo de Corinto, para que do3 grandes continentes se unieran y se confundieran más, y mezclaran como las ondas de sus mares el soplo de sus almas; quería, pareciéndole estrecho el Occidente, donde le faltaba tierra para plantar sus ideas, y sangre para regarlas, ir al Asia, recorrer sus inmensos desiertos, llamar a la vida a las generaciones dormidas al pie de sus muertos dioses, renovar la gran conquista de Alejandro, traer en pos de sí el primer espíritu de la creación, y después descender por el Cáucaso a buscar ese gran río de razas bárbaras que incesantemente desembocaba en Europa y atajarlo con su espada, pues sin duda, por ese

presentimiento sublime que en las almas grandes aclara lo porvenir, veía ir cayendo como una gran catarata esas razas sobre Roma; y así el imperio, limitado de todas partes por los mares, encerrando en su anchuroso seno el Asia y el mundo bárbaro, solo se hubiera destruido el día en que Dios hubiera estrellado en los espacios la tierra. (Aplausos.)

Así se concibe, señores, que Catón, el representante de la exclusiva ciudad antigua, se desgarre las entrañas ante César, como el espíritu de Roma se evaporaba al rayo de su mirada. Así es que aquella aristocracia romana que veía que le arrebataban el dominio del mundo, que veía a las razas bárbaras



subir las gradas del Capitolio a coronarse reinas, afiló sus puñales, y dio muerte a César. Pero, señores, ¿quién lloró a Catón? Su familia y sus partidarios. ¿Quién lloró a César? Todo el pueblo romano, y todas las naciones de la tierra.

Sobre el cadáver de César se levantó un vengador, Antonio, y un heredero, Augusto. Es Antonio un soldado bárbaro; el representante de los veteranos de César. Su espada no se sacia nunca de sangre, ni se harta de carne. Se cree descendiente de Hércules, y su igual en fuerza. Anda por la ciudad medio desnudo, y doquier ve un juego de soldados, allí se para, y va con ellos, y se divierte, y juega; porque para él no hay más vida que la vida del campamento. Dios puso en su corazón un instinto poderoso, el odio a la aristocracia. Así Antonio cree que el mundo es suyo; porque él es uno de los legatarios de César, que poseía por derecho propio el mundo. Compró cierta vez una casa; y cuando el vendedor fue a pedirle el precio, le quiso matar. Contraía deudas y no se curaba de pagarlas. Allá en su orgullo, se creía igual a su gran imperator; porque tenía fuerte brazo, cuando le fallaba su fuerte cabeza. Era cruel, como si reconociera que más que un hombre había de ser en la historia una pasión, y entre las pasiones la más cruel, la venganza. Así a nadie perdonó, ni a sus amigos, ni a sus parientes, ni a su hermano Lépido.

Junto o Antonio se levanta Augusto, que había de organizar el Imperio, sobrino de César, su heredero. Niño de diez y ocho años, pequeño, enfermo, sin voz, pues tenía que confiarse a un heraldo para hablar al pueblo; cobarde, que se asustaba de las tempestades, y hasta de la voz de su mujer; que enfermaba la víspera de todas las batallas; que huyó en cierta ocasión todo correr de los mismos soldados que se le habían sometido, y después los mandó matar porque habían sido testigos de su timidez; ingrato, que abandonó a Cicerón, cuando Cicerón había sido su palabra; adivinando y comprendiendo que debía anonadar la aristocracia, pues al entrar en la juventud y ceñir la toga viril, como se le cayese de los hombros, cuentan que exclamó: «Así he de hollar bajo mis plantas las togas de los senadores.»

Augusto y Antonio unidos arrancaron a la República su cabeza, que era la antigua aristocracia, su lengua, que era Cicerón, sus entrañas, que eran Bruto y Casio.

Pero, señores, el genio de Oriente, que había sacudido sus alas sobre la cuna del Imperio, debía coronar como una estatua su sepulcro. El eterno ritmo de su historia debía repetirse en el postrer canto de tan sublime poema. Y el genio maravilloso de Oriente debía personificarse en una hermosa mujer, último símbolo de las ideas orientales; y esa mujer debía seducir al general Marco Antonio. Los Amores de Cleopatra y Antonio son el último eco del perpetuo antagonismo de la vida romana.



Una tarde, al caer el sol, las orillas del Cidno en Tarsis, resonaban con alegres fiestas; una galera oriental, cuya popa de oro reflejaba la última luz del día, cuyas velas de seda murmuraban henchidas por las auras, deslizábase majestuosamente, cortando las aguas con sus plateados remos, al compás de la cadenciosa música de liras y flautas y cantares de alegres coros de vírgenes; y en aquella galera, bajo un pabellón egipcio de los colores del iris esmaltado, aparecía una mujer, morena, de ojos grandes y negros, de labios purpurinos, y encantadora sonrisa, mujer llamada Cleopatra, reina de Egipto; que sabía todas las lenguas de los pueblos bárbaros, hechicera, Sibila, profunda matemática, conocedora del pensamiento y de la naturaleza, amaestrada en filosofía, en medicina, en artes, en astronomía, amazona fuerte como un guerrero, que manejaba la espada y la lanza, que montaba a caballo como un árabe del desierto, que dirigía innumerables huestes, que pasaba los ríos a nado; serpiente del Nilo, que se enroscaba al rededor del cuello de Antonio, el soldado romano, y lo acariciaba y lo enloquecía con sus miradas y con su aliento; pero de tal suerte, que en aquellos espléndidos festines celebrados en Alejandría, en la ciudad donde el Oriente iba a depositar todas sus ideas y todos sus delirios, aquella mujer, que era sin duda la última y más hermosa encarnación del genio misterioso del Asia, obligó a Antonio a que amenazara destruir el Capitolio, a que coronara reina del mundo a Alejandría, a que hiciese adoptar desde el fondo del sepulcro a César sus hijos y los revistiera con el nombre de reyes de mil reyes, a que tomase él mismo para sí los atributos de Osiris, al par que ella tomaba los atributos de Isis; delirio insensato de una civilización decrepita, que rejuvenecida un instante por el beso de Grecia se creía ya eterna, pero delirio que asusta a Roma, que la despierta, que la lleva a pelear y a romper aquel último esfuerzo del genio de Oriente en su lecho de agonía, y en efecto, una tarde los soldados romanos, triunfantes en Egipto, iban en pos de esta mujer para llevarla como trofeo de su victoria a Roma, y la encontraron en una tumba egipcia, recostada en un lecho, vestida de púrpura, coronada de perlas, teniendo en su brazo enroscado un áspid, primero y último símbolo de los mitos orientales, mujer, que al exhalar el último aliento había exhalado también el último suspiro de la mágica y misteriosa alma de la antigua Asia.

Mirad, señores, después de la muerte del genio oriental. Roma se reúne en una sola tesis, para luchar con otra civilización antitética. Saludemos sí, saludemos el Imperio. El Imperio mata la ciudad, para formar el hogar, mata al ciudadano para formar el hijo y el padre de familia. El Imperio acaba con el antiguo y exclusivo derecho público, para convertirlo en derecho civil, protector del individuo; en derecho de gentes, protector de la humanidad. El Imperio quita su aspereza al padre de familia, da peculio al hijo y al esclavo, ensalza la mujer, la reviste de una inviolabilidad sacratísima, la hace madre, dándole



la educación de sus hijos. El Imperio ya no mira en el extranjero el bárbaro, no, toda la tierra es ciudad, todo hombre nacido en el Imperio es romano. Saludad, saludad al imperio.

Aquellos emperadores eran la espada de Dios, eran la maza de la Providencia, que trituraban con sus golpes continuados la antigua egoísta aristocracia, para que no volviera a oponerse al progreso de la humanidad. Por eso mientras la aristocracia no quiere dar el derecho de ciudadanía ni aun a los latinos, el Imperio abre su trono a todas las gentes, a todas las razas, al español Trajano, al godo Máximo, a los galos y los orientales. El Tribuno ha matado todas las magistraturas, se ha hecho perpetuo, se llama emperador. La tesis oriental, la antítesis griega se han resuelto en una síntesis suprema, que es el Imperio; síntesis que va a ser la tesis de una nueva edad, a la que se opondrán el cristianismo y los bárbaros. La idea de unidad del Imperio rinde grandes bienes; así como el monoteísmo de la raza semítica mató en Oriente la casta india, el monopolitismo de la raza latina, va a malar la antigua exclusiva ciudad griega. Para las edades que van a venir, se necesita una gran idea de autoridad, que discipline, que concentre esas razas, que les dé un ideal fácil de comprender; para que puedan formar nacionalidades, y esa autoridad es el Imperio. Por eso lo adoran todos, desde Alarico hasta Ataúlfo; desde Ataúlfo hasta Atila; desde Atila hasta CarloMagno; desde CarloMagno hasta Carlos V, y es la unidad material, que unida al catolicismo, unidad espiritual, concluye con el caos de la edad media.

Al ver superficialmente al Imperio, institución despótica, que oprime las voluntades y la conciencia de los hombres, que viola todos los derechos, que es una sucesión de emperadores bárbaros, tiranos, criminales, que reinan un día para morir al día siguiente, levantados en los escudos de las guardias pretorianas y hundidos por sus lanzas, al ver el Imperio parece que el mundo se va a perder, que la civilización va a morir, y sin embargo, si quitáis la corteza a estos hechos, si buscáis su esencia, cuando encontréis que el feroz Tiberio, aquella alma sombría y despiadada establece el crédito territorial sin interés, coronando la revolución de los Gracos; que Nerón, asesino de su madre, de su maestro, establece la administración de justicia gratuita, derecho no soñado por las grandes generaciones de tribunos plebeyos; que el imbécil Claudio, el marido de Messalina prohíbe la tortura, y hace inviolable la vida del esclavo, sentimiento de humanidad nunca conocido ni por los Tulios ni por los Catones; que Domiciano iguala los caballeros y los plebeyos: que Conmodo, el feroz Conmodo guarece en la ley a la esclava contra las injurias de sus señores; que Caracalla el insensato, el ladrón, el torpe, el asesino da a todos los hombres el derecho de ciudadanía; que aquellos emperadores, deshonra del linaje humano, eterna afrenta de la tierra, levantan la obra más grande del pueblo rey, el derecho romano, obra más duradera que sus conquistas; cuando veáis todo esto, reconoceréis que la Providencia saca del mal el



bien, que la libertad triunfa de todos sus enemigos, que el progreso camina siempre majestuosamente, y que delante de este maravilloso espectáculo debemos postrarnos ante Dios, y alabarle por su misericordia y su justicia que resplandecen maravillosamente en todas las páginas de la historia.—He dicho.
(Prolongados aplausos.)



APARICIÓN DEL CRISTIANISMO. LECCIÓN TERCERA.

SEÑORES:

Esta noche vamos a tratar de la aparición del cristianismo en la historia. No recuerdo en qué libro he leído que un gran pintor italiano trazaba siempre de rodillas en sus cuadros la cabeza de Jesús y de María. Contemplemos a Jesucristo en la historia, esa hermosísima figura, que con los brazos levantados al cielo, y los ojos llenos de lágrimas, y los labios entreabiertos para derramar bendiciones sobre los hombres, separa las corrientes de dos grandes edades: contemplemos la revolución que trajo consigo el cristianismo, la más augusta, la más grandiosa, la más radical que guarda en sus anales la historia; pero antes de contemplarla, comencemos por adorar a su Autor, que es el mismo que extendió los azules inmensos espacios sobre nuestras frentes, tachonándolos de estrellas; el mismo que al despertarnos del polvo, nos infundió con su soplo vivificador este espíritu, con el cual ascendemos a los cielos, abrazamos la naturaleza, y tenemos misteriosas y sublimes aspiraciones a lo infinito. Pero antes de controvertir las mil cuestiones que van a surgir a nuestra vista, conviene mucho a mi propósito hacer una declaración solemne, solemnísimas, declaración que importa, no a mi persona de suyo insignificante, sino a la verdad que enseño y defiendo; declaración que yo no necesitaría hacer en otros tiempos; pero que hago con entera madurez, y oyendo la voz de mi conciencia en estos tristes y calamitosísimos en que vivimos, tiempos que han visto nacer una escuela, verdadera calamidad de nuestra historia contemporánea, que profanando la religión, haciéndola descender a la candente arena donde pelean como gladiadores nuestros partidos militantes, agitándola como una bandera de continuo en los colegios electorales, en las redacciones de los periódicos, queriendo encubrir con el manto de Jesús, que como el cielo cobija todas las frentes, el cadáver del absolutismo, cuya causa ha sido condenada ya por la lógica de la providencia y enterrada en las páginas de la historia, haciendo cómplice al cristianismo de su política, ha subvertido de tal manera los entendimientos, viciado tan honda y profundamente el sentido moral, que al oír hablar de Jesucristo, de su divinidad, de la religión, de su benéfica influencia en el hombre y en el mundo, cree la mayoría de las gentes que todo el que de esa suerte habla, va a dar en el abismo de tan nefanda escuela; y como yo, si cristiano por educación y por convencimiento, amo con verdadero amor la libertad, creo que solo la libertad puede resolver todos los problemas políticos y sociales, me aparto por instinto de los partidos que niegan la libertad o que la burlan, y profeso el principio de que la libertad es hija del cristianismo como la flor de la semilla; no quiero, no, que se me confunda con esa escuela, cuyos pontífices andan a campana herida predicando su propia religiosidad y sus virtudes, olvidados de que la verdadera virtud debe ser modesta, de que nuestros padres hicieron oscuros los templos para que en el



seno del recogimiento adorásemos a Dios; y como no quiero que se me confunda con esa escuela, desde ahora declaro para siempre que español, y como español fiel, leal y constante, no me postro ante los ídolos de la fortuna; no cambio de ideas políticas según cambian los vientos de la suerte; y las que un día para mí memorable, profesé por vez primera públicamente, ideas hijas entonces de mi sensibilidad y de mi intuición, hijas hoy de la reflexión y del raciocinio; porque en cuatro años se vive mucho muchísimo en esta época, las conservo hoy y las conservaré siempre como estrellas fijas en los horizontes de mi conciencia y de mi vida. (Generales aplausos.)

Dicho esto, pasemos a considerar lo que yo creo que es la religión. El sentido estrecho que presidió a la filosofía del pasado siglo vició esta divina palabra, porque o bien se intentó borrarla de las necesidades de nuestro espíritu, o bien aislarla en el cielo. Yo no soy de tan liviano sentir. Creo que la religión encierra en su seno el espíritu de las artes, de las ciencias, de las instituciones; creo que preside a todo el movimiento civilizador de la época; creo, como otras veces he dicho, que así como el aire envuelve todo nuestro cuerpo, esa atmósfera moral rodea toda nuestra alma; creo que resuelve por su virtud en suaves armonías el antagonismo de nuestro ser, las perpetuas contradicciones de nuestra vida; creo que el pensamiento no puede vivir sin el aroma religioso, que el corazón por el sentimiento religioso purifica su sangre; creo que la religión nos da paz y alegría, derrama los resplandores de la virtud en el hogar doméstico, hace del hombre más apegado a la tierra un artista divino; creo que el amor a nuestros semejantes tan necesario a la vida no puede ser verdadero sino es eterno, y no puede ser eterno sino es divino, y no puede ser divino sino es religioso; creo que la voluntad por sí sola no puede llegar a) bien, y necesita apoyarse en Dios, y realizar su ley en la conciencia y en el espacio; creo que conversando por nuestras acciones, por nuestras ideas, por el culto perpetuamente con Dios, podemos prometernos contribuir con todas nuestras fuerzas a cumplir el plan divino de la Providencia en la tierra, y esperar que después de muertos, no hemos de convertirnos en polvo y nada, sino que a manera del insecto, que en abril rompe su larva, y toma pintadas alas, hemos de ascender en raudo vuelo al seno de Dios, que nos ofrecerá el amor infinito que saciará la sed del corazón, y la verdad absoluta que llenará el inmenso abismo de nuestra pavorosa inteligencia. (Generales aplausos.)

Y como creo todo esto, creo también que el paganismo, religión muy grande, aunque no verdadera, había dado de sí ya su estado, su organización política, su derecho, sus costumbres, su arte y su filosofía, y creo que gastados estos elementos en la época que historiamos, iban descomponiéndose todos, para abrir paso a la nueva idea, que rayaba en el cielo. Todo tendía a la unidad; todo en aquella época tendía a lo incondicional, como si Dios hubiera querido que uniéndose todas las artes, todas las ciencias, todas



las teogonías, todos los poderes del paganismo, mostraran más su debilidad y su impotencia para continuar dirigiendo al hombre en su camino. Roma se unía en el Imperio, las artes se unían en todos los grandes edificios romanos, las escuelas se unían en los libros de Cicerón y en Alejandría, la literatura en el Parnaso romano, las leyes en las colecciones de códigos uniformes, los dioses en el panteón. Y sin embargo, todo se descomponía como por un gran corrosivo, como si anidara en sus entrañas la muerte.

El Imperio, estado político y social, que habían hecho necesario de un lado el egoísmo de las clases privilegiadas, de otro la impotencia de la República, era como una gran maza, que con sus repetidos golpes, martirizando a los patricios, persiguiéndolos hasta en sus generaciones, despojándolos de sus tierras, y midiendo con un rasero a todas las clases sociales, había destruido, pulverizado, hecho imposible el antiguo estado pagano; y los emperadores, que mandaban los cristianos a la hoguera, lo que en realidad quemaban en sus hogueras, en sus orgías, en sus sangrientas bacanales, era el espíritu del mundo clásico, los huesos de la antigua Roma. La ciudad había llegado a la unidad para salvarse, y había caído en la unidad para descomponerse. Y he aquí otro título, que tiene a nuestros ojos, el Imperio; él tritura, él pulveriza, él anonada el antiguo estado pagano.

Pues lo que sucedía con el estado, sucedía con el derecho. Lo mismo que la República, antes de morir se había personificado en Catón, alma enérgica, severa; devoto de las antiguas leyes, que amaba a Roma, y tenía a todo el mundo por enemigo, y por esclavo de la ciudad, y odiaba irreconciliablemente a César, el demagogo, el compañero de Catilina, el sucesor de Mario, a César que anhelaba hacer de las naciones bárbaras, no enemigas, no esclavas, sino hermanas de Roma, lo cual equivalía a destruir la ciudad; lo mismo que la República se personificaba en Catón, y el Imperio y la humanidad en César; el respeto a la tradición, a la ley antigua, al símbolo, en la esfera de la jurisprudencia, el Catón, digámoslo así, del derecho, que velaba por conservar el fuego sagrado del antiguo espíritu, que había vivido tanto tiempo, y alimentado el poder de Roma, era Labeon; al paso que el espíritu de progreso, la protesta de la razón contra el derecho tradicional, el genio de la humanidad, que iba a crear una nueva familia y una nueva sociedad, más bien que a crear, a destruir el antiguo derecho, era Capítón, el César de la Jurisprudencia; escuelas, que por un trabajo de descomposición semejante al del Imperio, iban matando los antiguos códigos, iban rompiendo una a una las XII Tablas, iban pulverizando el paganismo en el derecho.

Y como toda idea es una serie de ideas, lo que sucedía en el estado, lo que sucedía en el derecho, sucedía en la moral. El espíritu del paganismo en moral era que toda moralidad se encontraba en las leyes del Estado; que todo lo que las leyes permitían era justo, e injusto también lo que las leyes condenaban, y que la conciencia del individuo era el código de su pueblo. Este estrecho sentido moral



fue roto por Sócrates. Por eso, el cómico Aristófanes le escupió en el teatro hiel a la cara, y los sacerdotes le declararon enemigo de la religión, y los oráculos prorrumpieron en maldiciones contra su nombre, y los repúblicos le anatematizaron, y el pueblo apegado a sus tradiciones le insultó y pidió a grandes gritos su muerte, y los jueces se reunieron y lo condenaron; y él, sereno como la justicia que personificaba, severo como la razón cuya imagen era, conversó con sus amigos, apuró el veneno, ofreció un gallo a Esculapio en señal de que se iba a concluir la enfermedad de su vida terrestre, y murió tranquilo, seguro de que su alma, como una gran catarata, iba a caer de generación en generación, descomponiendo todos los matices del pensamiento, y de que al pie de su sepulcro brotarían discípulos encargados de conservar su doctrina, que inmortal como su espíritu, no podía ser envenenada por la cicuta de los tiranos. (Aplausos.)

La moral pagana apartándose de su ideal, se descomponía también. Y lo que sucedía con la política, con el derecho, con la moral, sucedía con las costumbres, hijas sin duda de todos estos elementos. Las costumbres no pueden personificarse en ningún individuo, en ninguna escuela; están derramadas por todo el pueblo. Las costumbres descomponían la familia y el estado pagano. La antigua severidad romana había muerto; el padre de familia que había tomado este cargo, más por el incentivo de las leyes, que por los afectos de su corazón, viviendo en brazos de sus esclavas, apenas se curaba del tálamo nupcial; la matrona, medio emancipada, corriendo en su carroza por la vía apia, con las riendas de púrpura en la mano, vestida ligeramente para lucir mejor sus formas, lejos de atender al fuego del hogar apagado, a los dioses lares llenos de polvo, atendía solo a ir con sus hijas, ora al teatro, donde se representaban en toda su desnudez las gracias de Ariadna, y en toda su brutal realidad los amores de Pasifae; ora a los misterios de Eleusis, donde se entregaba en la oscuridad al vino y al placer, y ofrecía a los dioses en holocausto los impuros besos recibidos en sus impuros labios; el matrimonio en realidad no existía, la facilidad del divorcio era tanta, que, según Marcial, había hombre que mudaba de mujer todas las estaciones, y niña de trece años que contaba diez maridos; los hijos así no podían querer a sus padres, y en aquellos tristes días de las delaciones, cuando el déspota sombrío y ceñudo se gozaba en oír los quejidos de los moribundos, y en ver las entrañas palpitantes a sus pies, y en respirar vapor de sangre, los mismos hijos iban muchas veces a denunciar al tirano que su padre había entre dientes en sueños proferido una maldición contra el señor de la tierra; el hastío de la vida, enfermedad de todas las sociedades moribundas y desesperadas, se había de tal suerte extendido, que no había romano que no tuviera siempre un filtro dispuesto para acelerar su última hora ni casa donde no reinara una Locusta; los emperadores, que hubieran podido remediar este mal, lo recrudecían con sus ejemplos; porque los



asesinos ¿qué eran sino discípulos de Tiberio? ¿qué eran las adúlteras sino imitadoras de la emperatriz Messalina? ¿qué aquellos parricidas, arrojados al Tíber en un saco, encerrados con una serpiente y un mono, sino discípulos de Nerón? triste sociedad, que se moría de hastío, de desesperación, de vicios, y como sus poetas, deshojaba algunas rosas en la copa de oro, donde apuraba el veneno, y sin dioses ni creencias, arrojando lejos de sí el Tirso y la corona de flores, expiraba en la gran orgía del Imperio.

Y lo que sucedía con el Estado, con el derecho, con la moral, con las costumbres, eso mismo sucedía con la ciencia, y especialmente con la filosofía. La razón meditando sobre sí misma, leyendo la verdad en el santuario de su propia conciencia, había ido poco a poco matando el politeísmo. Tres grandes tendencias había en el seno de la ciencia antigua, de la antigua filosofía; la tendencia de los que imaginaban como los estoicos que debían conservarse las formas de la religión popular, y animarlas con un nuevo espíritu; la tendencia de los que resueltamente combatían todas las prácticas, todos los dogmas, todos los principios de la religión popular, como le sucedía a Cicerón en su libro de *Adivinatione*; y por último, la tendencia de los que, menospreciando por completo el antiguo dogma, sin curarse de sus soluciones, a las cuales tenían en bien poca estima, buscaban en su conciencia o en la historia un nuevo Dios, una nueva religión, como le sucedía a los platónicos. Pero la verdad es que la razón humana había matado poco a poco a Júpiter, y que después toda la filosofía pagana se había descompuesto en un eclecticismo caótico, que mostraba cuán inevitable era después de la ruina de aquella religión, la ruina también de aquella filosofía.

El arte, que refleja la vida toda del pueblo, que es el espíritu en su variedad más pasmosa, y en su unidad más completa, que repite todos los dolores de una época, todas sus esperanzas, todas sus aspiraciones, habiendo pasado del simbolismo oriental a la hermosura griega, verdadera ecuación de la forma y del fondo, en que el espíritu se comprimía basta encerrarse en la naturaleza, y la naturaleza se agrandaba hasta confundirse en magnitud con el espíritu; el arte iba también agonizando; la profundidad del espíritu romano triste y sombrío desconcertaba la antigua armonía clásica; Lucrecio se reía de aquel Parnaso, compuesto de fantasmas errantes, en cuyas frentes se había apagado la luz, de cuyas manos habían caído los rayos; Horacio buscaba en el epicureísmo algún beleño para adormecer el dolor de su corazón: Virgilio, alma riente, última sonrisa de la musa pagana, último eco de aquellas liras, iba a buscar la inspiración, no en el Olimpo griego, sino en una suerte de maravillosa esperanza, que él había recogido en la falda del Vesubio, respirando las auras de Sicilia, embalsamadas con las húmedas emanaciones del mar Tirreno y de las azucenas de aquellos campos, y haciendo resonar allí cánticos maravillosos, que parecían notas escapadas del arpa de Isaías, recogidas por algún alejandrino, y escuchadas después y



repetidas por el genio maravilloso de aquel parnaso romano, a cuyas plantas se dibujaba una figura triste y burlona, sombría y alegre, que tenía algo del Sileno antiguo y del diablo de la edad media, la sátira, verdadero signo de la irremediable disolución del arte clásico.

Y lo que sucedía con el Estado, con el derecho, con las costumbres, con la familia, con la filosofía, con el arte, eso mismo sucedía con la religión, que era la causa y el objeto de todas estas descomposiciones. Pues bien, los dioses todos se morían en el Panteón.

Señores: En el Panteón se muestra la inevitable descomposición del paganismo. Allí agoniza verdaderamente el panteísmo materialista, el dios-naturaleza adorado por toda la antigüedad. Roma parecía buscar como por presentimiento la unidad de Dios; pero quería encontrarla arrojando todos los cultos ya cadavéricos en el Panteón. Yo muchas veces me he imaginado allá en sueños el Panteón. Al lado de los dioses sabinos ligeros como la espuma del Tíber, móviles como las ondas de los lagos itálicos; al lado del Mavors pelasgo representado por una larga y vibrante lanza; de los genios latinos, genios hermafroditas, amando siempre, pero siempre infecundos y estériles, últimos vástagos de aquella larga dinastía de divinidades paganas; al lado de la severa aristocrática Rhea etrusca, de los lares del sacerdocio y el patriciado, del dios-espanto inventado por los señores para poner miedo en el ánimo de los plebeyos, dios con los ojos centellantes de rabia y la boca entreabierta, mostrando la garganta oscura como insondable abismo, y los cabellos esparcidos y entrelazados con las serpientes y bastones augúrales; al lado de todas estas divinidades severas y sombrías como el genio de la antigua Roma, se levanta el Olimpo griego traído en los carros triunfales por los grandes conquistadores, Olimpo hermoso y riente impregnado en los divinos cánticos de los poetas, Olimpo que encierra a Júpiter reclinado en su trono de nubes, apoyado en su águila, con el rayo hirviendo en las manos y la eterna luz de una eterna aurora en la frente; a Juno con el iris a sus plantas y el pavo real tan hermoso como el iris a su lado; a Venus naciendo en la marina concha, con los labios humedecidos por las ondas del mar de Chipre, con sus ojos centelleando, como los rayos de la primer estrella que nace en la tarde, una eterna alegría; a Apolo pulsando su lira áurea como el sol; y al lado de todo aquel Olimpo que simboliza la religión del arte y de la hermosura se levanta el Indra oriental, pastor de blancos pies como las nubes que rozan las montañas, armado de flechas, con el arco azul en una mano y en la otra la copa llena de rocío recogido al nacer la mañana en los bosques; Indra, que preside todo el cortejo de las divinidades asiáticas; el toro persa con las diademas de brillantes, los serafines modas con sus cuerpos de leopardos y sus caras de ninfas, la alada serpiente frigia, que exhala el huracán de sus fauces; Mitrha el pastor de los ojos de oro, dios de los hechiceros; el cocodrilo, dios del río; la leona, diosa del desierto; el águila, diosa de los



vientos; los genios fenicios, barqueros de las estrellas; Thola diosa siria sentada en un león espeluznado con la cabeza coronada de torres, y la garganta ceñida de un collar de estrellas; y allá en un rincón del gran templo, los dioses venidos al nacer el Imperio; dioses que habían nacido en las orillas del Nilo, donde se celebraban los misterios de la magia, los últimos delirios que agitaban la agonía del Dios-naturaleza; el Júpiter Anmon aterido de frío, sentado junto a su mujer Asthor, cuyos pechos secos no pueden ya amamantar a la naturaleza, y que está tejiendo incansable un velo de tinieblas, antes que le falte la luz de los ojos, triste velo; que va a ser el negro sudario de todo el paganismo. (Aplausos.)

No había remedio, el mundo antiguo se moría, y era necesaria una nueva idea. ¿Qué necesidad había mostrado el Imperio? La unidad de la especie humana. ¿Qué necesidad había mostrado el derecho? La idea del individuo, pero del individuo interior, del hombre-espíritu. ¿Qué necesitaba aquella moral pagana? La noción más clara de la conciencia, la ley de la responsabilidad. ¿Qué necesidad mostraba la familia y las costumbres? La familia necesitaba un lazo espiritual que no fuera el férreo lazo del derecho antiguo; las costumbres, necesitaban dar dignidad al hombre con el sentimiento de su libertad, y la conciencia de una vida inmortal. ¿Qué aspiración mostraba la filosofía? La filosofía mostraba desde Platón hasta Marco Tulio, la aspiración de un nuevo espíritu. ¿Qué aspiración mostraba el arte? La musa pagana moribunda, seca su corona de rosas, necesitaba una fuente más espiritual, donde rejuvenecerse, un amor divino que fecundara sus entrañas, esterilizadas por el amor torpe y material del sentido. La religión ¿qué buscaba en las entrañas de todos los cultos, en el seno de todas las teogonías, en el panteón? La unidad de Dios. Y por fin, ¿ante qué Dios único se había rendido? Ante el emperador.

Convirtamos los ojos al Oriente; que de allí va a venir la luz. Señores, el verbo debía venir al mundo en su día, ni una hora antes, ni una hora después. Dios que desde la eternidad le tenía en sí, en el plan de su providencia que es la ley de la historia, había señalado el instante supremo de su encarnación. Comprended, señores, convirtiendo vuestros ojos a la historia, que toda ella está levantada sobre la ley de contradicción, como los astros están sostenidos por la repulsión y la atracción, que vienen a ser el secreto de sus divinas armonías. Al fin, ¿qué es la historia? El desarrollo del espíritu humano, en el tiempo y en el espacio, en todas sus facetas, con todas sus facultades, bajo la ley divina de la Providencia. Pues bien, siendo el desarrollo del espíritu humano, ¿cuál es la manifestación del espíritu? La idea, el pensamiento. ¿Y la ley del pensamiento? La contradicción. La historia está de tal suerte levantada, viene tan en su tiempo cada acontecimiento, que aun desarrollándose por oposiciones, por luchas, no se puede borrar ninguna página, no hay idea ni afirmativa, ni negativa, venida al mundo que no conduzca a un fin, pues en último resultado el espíritu convierte todas esas oposiciones en suaves armonías, pudiendo



asegurarse que las sociedades se salvan siempre de todas las oposiciones, o se transforman bajo su suave influjo, convirtiéndolas en ley de su existencia; porque así como Dios puso en el animal el instinto, en el hombre la razón, puso en las sociedades una especie de criterio superior, seguro e indudable. La ley de la naturaleza es la contradicción; la ley del espíritu es la contradicción, y esa misma es la ley de la historia. Si el hombre no fuera antitético, no sería libre, ni capaz de desarrollo; perfectamente bueno, o absolutamente malo, eterna noche cubriría su conciencia, o eterna luz alumbraría su pensamiento, y encerrado en su inmóvil naturaleza sería, o eterno siervo de su destino, como la piedra, u omnipotente, y absoluto como Dios. Pues lo mismo sucede en la naturaleza. La contradicción es su ley. La vida es una lucha, el desarrollo de nuestro cuerpo un combate. Lucha en los cuerpos la esencia con la existencia. Lucha en las esferas la atracción con la repulsión. Luchan en la tierra las estaciones. Lucha en el campo el tallo de la planta con su semilla. Como toda idea lucha con su opuesta lucha con su límite todo cuerpo. Como el plan inmenso de la ciencia se levanta sobre contradicciones, el plan inmenso de la naturaleza se levanta sobre contradicciones también.

Eternamente coexisten, señores, en la historia de la filosofía el sensualismo y el idealismo, eternamente coexisten en la historia de la naturaleza la atracción y la repulsión. El alma sube como el águila al cielo, o se esconde como el pólipo en la fría roca, la estrella se aparta del sol como piedra arrojada por una onda, y gira sin embargo al rededor del sol, como la mariposa en torno de la llama. La contradicción es la ley del mundo, la ley de la naturaleza.

El hombre, según eso está condenado a un dualismo estéril, a arrastrar siempre por la tierra las cadenas de las contradicciones? No, mil veces no. ¿Esas antinomias son insolubles? No; se resuelven siempre en suaves armonías. Rompe el tallo el dorado grano de trigo, se levanta a los aires lleno de vida y de luz, y cuando parece que el grano de trigo se había aniquilado, brota en la punta de la hermosa planta, la óptima espiga. Todo árbol. por un proceso infalible nace de un pequeño fruto, y vuelve a concluir en el fruto de que ha nacido, como formando en la naturaleza un raciocinio de que no tiene conciencia, un eterno silogismo, una armonía. Dos fuerzas contrarias arrastran a los cuerpos en los espacios, y de estas dos fuerzas nace sin embargo su equilibrio, y nace el que esos astros tan combatidos parezcan como clavos de oro fijos siempre en la bóveda celeste. No son insolubles las antinomias en la naturaleza; no lo son tampoco en la conciencia. Un gran filósofo, Kant, hizo un inmenso servicio a la ciencia, manifestando en su crítica de la razón pura el carácter antinómico de nuestra conciencia, que ya habían descubierto cada uno por su camino Platón y Aristóteles, que habían admitido ya la misma filosofía escolástica. Pero Kant creyó, señores, que las antinomias eran insolubles. Había descubierto una parte de verdad, pero no



había podido alcanzar toda la verdad. El espíritu humano ha mostrado, meditando sobre sí mismo que la contradicción es la forma de la idea; pero que así como el cuerpo y el alma, contradictorios, se reúnen infaliblemente en una armonía superior que se llama humanidad, hombre, que es a un tiempo alma y cuerpo, y algo superior a esos dos elementos, así toda idea se resuelve en una síntesis suprema. No son, pues, tampoco insolubles las antinomias en el espíritu.

¿Y existe esta ley de contradicción en la historia? Nunca se ve tan clara, tan manifiesta esa ley. Abrid las páginas de la historia, y cuando oigáis el ruido de los combates, el estrépito de los imperios que se arruinan, si bajo esos combates y esos imperios, no veis latir una idea, cerrad el libro, porque nunca llegareis a comprender la historia. Así como la descomposición de los cuerpos en un crisol da siempre al químico algún substratum, la descomposición de los hechos en la conciencia da siempre al historiador alguna idea. La idea es la matriz donde se funden y se forman todos los hechos. Pero así como la forma dialéctica de la idea en la conciencia, es la contradicción, la forma de la idea en la historia es la lucha. ¿No os asombra el ruido que produce una eterna guerra en el mundo antiguo? Dos razas, que son dos grandes ideas luchan eternamente en el espacio; los persas y los caldeos combaten sin darse punto de reposo en la primitiva historia de Asia; los primeros con su heroica espada rompen, destrozan las torres titánicas, los jardines aéreos, los mágicos palacios que han levantado los caldeos, que son comerciantes; y esta guerra mortal se reproduce en todas las costas del Mediterráneo entre los fenicios y los griegos; en aquella inmensa carrera de Alejandro, cuando el conquistador griego va destruyendo bajo las ruedas de su carro los grandes Imperios, y se goza sobre todo en aventar las cenizas de Tiro, y la sepulta para siempre en el desierto, cubriéndola con un sudario de arena, que aún no ha levantado el soplo de los siglos, y arrancándole con la fundación de Alejandría el comercio del mundo; guerra titánica, que ensangrienta por última vez la historia antigua cuando Roma y Cartago, como dos guerreros, luchan sin descanso, hasta que una de ellas desaparece para siempre de la faz de la tierra, no dejando de su civilización sino apagadas pavesas. ¿Y qué hay aquí en todas estas luchas? Hay la antítesis, la antinomia de dos razas.

Esas dos razas son la semítica y la indoeuropea; cada una de estas razas tiene su idea. La idea de la raza semítica es la idea de Dios, creador y conservador del mundo, idea que solo el pueblo hebreo, el sacerdote de esa raza, conservó en toda su pureza. La idea de la raza indoeuropea es la idea del hombre, idea que Grecia, la artista de esa raza llevó a su más hermoso esplendor. Esta es la grande, la portentosa antinomia de la historia antigua. A la raza semítica pertenece toda la historia de la idea religiosa; a la raza indoeuropea todas las evoluciones de la idea científica y política. La raza semítica, raza apóstol,



raza mártir, encerrada en el seno del desierto como un cenobita, viviendo siempre vida nómada como sus grandes ganados, apurando y absolviendo en su ardorosa alma todas las revelaciones divinas, como las encendidas arenas que huellan sus pies, absorben y devoran todas las lluvias del cielo, separándose de aquella árida naturaleza que la rechaza, y volviendo los ojos a los horizontes inundados siempre en noche y día de luz, escribiendo sus impresiones en las hojas de las palmeras, y en las piedras que encuentra en su camino, y cantando esas implosiones en cadenciosas notas, al compás de sus címbalos y de sus salterios, que remedan el monótono sonido del viento al estrellarse en la llanura, siempre agradecida, siempre religiosa, que ve brotar de un poder superior, de un poder supremo el árbol que la regala con sus frutos, la ligera nubecilla que le vela el sol, la fuente de agua clara que mana en el oasis, el rocío que al nacer la mañana halla prendido a sus sienes como una corona de perlas el viajero que pasa la noche al lado de su caravana; y así, arrancando uno a uno todos los espesos velos con que las razas idólatras habían cubierto la religión, merece que Dios se le revele; y le conoce en su unidad, en su personalidad, ve su santuario en el cual están engarzados como piedras preciosas el sol, la luna y las estrellas, arroja a sus plantas como una alfombra de flores todas las maravillas de la creación; y entona un eterno salmo, y se ciñe la túnica de sacerdote, y pone sus manos en el ara, y enciende el fuego del holocausto, y anonada la naturaleza en presencia de su creador, como la víctima que muere en el sacrificio, y así guarda al mundo la santa, la verdadera, la infalible idea que ha recibido del cielo, la idea de un solo Dios.

La raza indoeuropea durmió el sueño de la inocencia en cuna de flores al pie del Himalaya, prendida a la naturaleza, como el niño al pecho de su madre. Creciendo más tarde, y anidando en su corazón el ardor juvenil, blandió su lanza y fue guerrera. Así como el niño se encierra en su hogar y en el seno de su madre, el joven gusta del combate. Conducida por un instinto viajero, que puso Dios en el hombre, como en el ave, llegó al pie del Cáucaso. Allí un gran brazo de aquella corriente de hombres debía formar los pueblos germanos; otro brazo los pueblos clásicos. Los indoeuropeos tocaron por fin en su tierra de promisión, en Grecia. Allí acabó de comprender la raza indoeuropea el secreto de toda su vida, el destino que le había encomendado el Eterno. Allí no solo adoró la naturaleza, como había hecho en Oriente, adoró también la sucesión de sus propias sensaciones; su primer idea religiosa fue un eco del mundo físico; su segunda idea religiosa una emanación del alma del hombre. El hombre, sí, el hombre fue toda su vida, fue todo su culto, todo su genio. En los hermosos y poéticos bosques de Grecia le fabricó un templo, cogió las flores de sus campos para ceñirle una corona puso en su frente el fuego del ciclo, en su sonrisa una eterna alegría, en sus labios un himno, en su pecho la inspiración poética, en sus manos



la lira, y lo llamó artista, es decir, creador; y le creyó Dios, e hizo del aroma de los bosques, del murmullo de las auras, de los varios ecos de la naturaleza, el incienso de sus altares, la música de su templo. La raza semítica, sin dejar de ser artista, había sido principalmente religiosa; la raza indoeuropea, sin dejar de ser religiosa, había sido principalmente artista; la raza semítica fue como un sacerdote, la raza indoeuropea como un poeta, como un guerrero; la primera tenía el instinto de la conservación, la segunda el instinto del progreso; los semitas se quedaron de rodillas al pie de sus altares y conservaron su Dios a la humanidad, los indoeuropeos fueron por todo el mundo inquietos siempre, cincelandos con sus artes al hombre para hermosarlo, y hacerle digno de recibir en su amoroso seno el Dios velado por los semitas; los primeros han sido la base incontrastable, el fundamento de la religión, los segundos han sido los generadores de todas las grandes ideas políticas y artísticas de la humanidad, porque la raza semítica fue el sacerdote de Dios, y la raza indoeuropea el artista del hombre; y Dios y el hombre estaban separados en toda la historia antigua, y no se confundieron en un ósculo de amor, hasta que venidos los tiempos que había profetizado Daniel, Jesús descendido del cielo reunió a los semitas y a los indoeuropeos en la idea sacrosanta de la humanidad, y reconcilió Dios y el hombre en el dogma divino, eterno del Verbo. He aquí, señores, por qué, aun prescindiendo de su verdad religiosa, aun prescindiendo de considerar el cristianismo como yo lo considero siempre, como una religión venida del cielo, y revelada por Dios; el cristianismo es la armonía de todas las grandes oposiciones históricas, y el eterno fundamento, la eterna tesis de toda la civilización moderna.

¿No es verdad? ¿no lo sentís todos vosotros conmigo? ¡Ah! señores, el encono de los partidos, el empeño de cierta escuela en presentar a Cristo con la tea de la inquisición en una mano, y la mordaza en la otra, a Cristo, que solo abrió sus labios para bendecir, que solo tuvo corazón para amar, que murió para vencer la muerte, que fue esclavo para hacernos libres; los gérmenes arrojados en algunas conciencias por esa filosofía mezquina que dominó en Francia en el siglo XVIII, filosofía de que nosotros, hijos del siglo XIX, siglo de armonía, nos hallamos libres; pero sobre todo, los grandes crímenes cometidos en nombre de la religión para aherrojar y envilecer a los pueblos, han borrado en muchas almas desdichadas, nacidas no para ser piedras de los abismos, sino astros de los cielos, han borrado, decía, la noción cristiana, la fe en esa divina creencia; pero medita un instante en esta sagrada religión, y veréis como es el sol del pensamiento y de la historia; y si sois poetas, pedidle ideas, pedidle amor, y os dará una lira como la del Dante; un amor tan puro, tan casto, tan divino como el que simboliza Beatrice, cuando sentada en una estrella, a la puerta del paraíso, abre al poeta la mansión del cielo; y si sois filósofos, abismaos en sus profundos dogmas, que han abierto al pensamiento humano los horizontes



de lo infinito; y si sois, como yo, amantes de la libertad, y del progreso, si deseáis que todas las contradicciones sociales se resuelvan en divinas armonías, que el derecho se encarne en todos los hombres, que el último eslabón de la cadena arrastrada tantos siglos por la humanidad se rompa, que cese la guerra del hombre contra el hombre, y se acaben todas las grandes injusticias, y empiece el reinado santo de la ley divina en el mundo, abrazaos también o Cristo; que su divina palabra derramó en las conciencias la idea de libertad, y en los corazones el sentimiento de la fraternidad humana y sus divinas manos traspasadas impiamente por el clavo de la servidumbre, han roto la coyunda que pesaba sobre nuestros padres, pues si nosotros los plebeyos de ayer, los ciudadanos de hoy, nosotros que tenemos por progenitores a los antiguos parias a los esclavos y siervos de la gleba, vivimos socialmente y respiramos en libertad, y somos hombres, lo debemos, señores, o la doble redención religiosa y social del cristianismo. (Prolongados y generales aplausos.)

Perdonad, señores, a mi natural entusiasmo que me haya extraviado. Volvamos los ojos a la aparición del cristianismo en la historia. No se puede comprender esta maravillosa aparición, sin estudiar antes la gran premisa, la raíz de esa idea; la religión bíblica. Todos los caracteres del pueblo hebreo, son los caracteres de un pueblo lleno de la idea de Dios. El Ser Supremo interviene como una persona poderosa y activa en toda su historia. El Ser Supremo es la nota de todos sus cánticos. El Ser Supremo es el pensamiento central de su civilización.

La naturaleza ante ese gran Ser, pasa como una sombra, el pensamiento como ligera nube. El arte hebreo es un cántico divino, el verbo de su habla no tiene presente, porque el hombre vive en lo pasado y en lo futuro, y solo Dios vive siempre en lo presente. El nombre de Dios Yhowah, significa el ser, y es un nombre inefable; porque si alguna lengua osara pronunciarlo, sería abrasada por el fuego del cielo, y reducida a cenizas. Ningún pueblo ha guardado con más fe, con más tenacidad una idea. Por eso, además de su carácter divino, el libro que ese pueblo escribió, está hoy en manos de todos los hombres civilizados, y los cánticos que salieron del pecho de ese pueblo resuenan en las bóvedas de nuestras iglesias. En los albores de su historia es un pueblo pastor, el patriarcado es su forma de gobierno, la vida del aduar árabe, vida nómada y errante, es su vida; el oasis del desierto es su templo. Esta época está representada por Abraham. La segunda evolución de su pensamiento y de su historia es Moisés; el pueblo que no tenía leyes las recibe, del patriarcado pasa a la forma republicana; las tribus, profundísima modificación de las antiguas castas, empiezan a dibujarse en el espacio. La tercera evolución de su vida es Samuel. En tiempo de este héroe, el pueblo va a pasar de tribu nómada a nación, de pequeña república a monarquía. Era imposible que cuando grandes imperios se formaban alrededor de Israel, este pueblo



permaneciera disperso en sus tribus. Entonces nace el rey, a cuyo lado, a cuyo nivel se levanta el levita, el sacerdote. Pero al lado del levita y del rey, por un milagro de este pueblo, hay una institución única en los fastos de la historia, especie de tribunado religioso que protesta contra todas las tiranías, que sostiene el ardor del pueblo, que le inspira la fe, que le abre los tesoros de la esperanza, el Profeta. Difícil es, señores, abrir una página de la historia hebrea, sin encontrar la lucha del Profeta con el rey. El verdadero ideal de la historia de la monarquía es David. El pastor se ha hecho guerrero; su onda alcanza a la cabeza de los vecinos pueblos, el guerrero se ha hecho rey, y el rey profeta. De suerte que en David se reúnen las principales dignidades de Israel. La vida purísima de Israel, vida especialmente religiosa, recibe una desviación idólatra bajo el cetro de Salomón. Salomón empeña alianzas con los reyes orientales, cuando la salvación de Judea estaba en su aislamiento; reviste de un lujo fabuloso aquel pueblo, cuando aquel pueblo, el gran cenobita de la historia, debía morir a la vida del sentido para estar siempre en la vida del espíritu; se da a grandes placeres y a desmedidos amores, que turban la serenidad de la idea, que como el alma del mundo y de la historia, guardaba en su templo aquella escogida raza. La intolerancia con los otros pueblos, su creencia segura y firme de que solo en su seno residía la verdad de la religión y la salud del mundo, eran los grandes timbres del pueblo escogido. A ese su gran celo debió su gran obra. A esa su intolerancia debió su salvación y el cumplimiento de su inmortal destino. El pensamiento de unir a Israel con los otros pueblos de Oriente, de arrojarlo en el torbellino de la vida universal hubiera empañado su vida, hubiera destruido su idea; y su vida y su idea eran necesarias para la gran obra de la providencia.

Pero donde principalmente debemos fijar nuestra vista para conocer este fin es en el Profeta. Su espíritu inspirado, su palabra divina, su genio superior, su carácter severo e indomable, su amor a conservar al pueblo a los pies de Dios, su celo por la ley, hace del Profeta el Ángel que guarda con su espada de fuego el espíritu de Israel, y que derrama en su alma el divino rocío de las dulces y celestiales esperanzas. ¡Qué grandes son los profetas! Todos ellos fulminan maldiciones, que se cumplen, y arrojan a la conciencia humana esperanzas, que se realizan. Cada uno de ellos deja planteado un problema, que solo Cristo puede resolver, porque la ley antigua es el símbolo, y la nueva ley el espíritu. En toda la historia de Israel hay una grande y poderosa antinomia; el rey, que quiere confundir la vida del pueblo escogido, con toda la vida del Oriente, el Profeta que conserva en su aislamiento a Israel, y lo guarda así para que contribuya a la salvación del género humano. El Moisés de los Profetas es Elías, no escribe, pero obra, protesta contra todas las tiranías, vive como un anacoreta, se esconde en el seno de las montañas; aparece un instante para arrojar sus maldiciones sobre los protervos, y vuelve a desaparecer como arrebatado por



una nube; y es así el eterno ideal de los profetas, que recorre los cielos en un carro de fuego. La conservación de la idea matriz de Israel, y la esperanza en el verbo son las dos leyes de los profetas. Pero bien pronto sienten en su seno un espíritu, que les mueve a escribir, a derramar en las páginas de los libros toda la vida de su alma. Ellos producen con sus elocuentes palabras una gran exaltación religiosa. La esperanza de que están poseídos no cabe en su seno, y se exhala en hermosísimos cánticos. Sus palabras caen como una lluvia de fuego sobre los enemigos de Israel. Todas las ciudades que marcan con su maldición, todas caen una tras otra en el polvo, todas se pierden como si fueran abrasadas por su cólera celeste.

Así los Profetas reforman las costumbres, sostienen la ley en su pureza, conservan la tradición, separan la vida de Israel de todas las abyecciones que pudieran mancharla, lloran las desgracias del pueblo, guardan el maná de la revelación, para que el hombre, en su camino por el desierto de la vida, pueda saborear con anticipación ese alimento del cielo. Notad, señores, que conforme van pintando los tiempos de la venida del Mesías, los Profetas se exaltan, una caridad inmensa enciende sus espíritus. El amor hacia esa nueva desconocida edad, la confianza en el reinado de un justo, la fe en la exaltación de Israel, todos esos presentimientos dicen que sobre aquel pueblo va a descender el prometido a las naciones.

Jeremías llora sobre las ruinas de Jerusalén, sobre las piedras de su santuario dispersas, las calles vacías, sus hijos muriendo en los estercoleros, sus pequeñuelos comidos por sus madres: Isaías, Daniel, y otros Profetas abren el corazón a la esperanza; mostrando las huellas que deja en los montes el que viene a anunciar la salud al pueblo; Jerusalén alzándose de su lecho de ceniza, resplandeciente de hermosura; los camellos de Madian sallando alrededor de sus muros cargados de mirra, de aloe, de incienso; los becerrillos de los Nabateos, ofreciéndose ellos mismos de grado el sacrificio, nubes de blancas palomas aleteando en torno de sus torres; los hijos de los mismos que habían humillado a Jerusalén, llamándola de rodillas la ciudad santa, la ciudad bendita; los reyes del mundo queriendo beber la leche que manan los pechos de la Señora de las gentes; el sol y la luna fijándose para siempre en sus horizontes; todos los guerreros y todos los poderosos de la tierra buscando un asilo como niños sin madre, como huérfanos, en los anchos pliegues de su manto.

La constancia en su idea religiosa, en su idea salvadora mereció ser premiada por el Verbo. Nace ese pueblo, cuando la tierra acaba de salir de las manos del Creador, cuando la primera aurora resplandece en los horizontes, y el primer canto de la creación resuena en los espacios infinitos, y posee ya la idea de Dios: viene el diluvio, las aguas cubren la tierra, desaparecen las naciones, y los progenitores de ese pueblo conservan pura la idea de Dios: vive después vida nómada, su casa es una tienda apoyada en una



palmera, su patrimonio el ganado que pasta en los valles y en los oasis, el desierto le rodea, solo de vez en cuando pasa algún caminante, al cual ofrece un becerrillo, agua que refresca sus manos, y sus pies, cogida por la doncella en la vecina fuente, y tortas hechas con tres medidas de harina en la piedra del hogar, y en medio de esta pobreza conserva la idea de Dios: vive esclavo en Egipto, con una cadena atada al pie, cociendo los ladrillos para levantar los palacios de sus señores, y las cárceles en que se descolora la vida; y a pesar de tanta degradación, conserva pura la idea de Dios: atraviesa el desierto, se reúne en torno del Sinaí, oye la tempestad, el huracán, y en medio de aquel inmenso mar de arena conserva siempre la idea de la unidad de Dios: pelea ¡él! que no ha nacido para los combates, pulveriza con sus plantas los cráneos de sus enemigos, como la piedra del molino pulveriza el trigo; hace de sus cuerpos un escabel para sus plantas; apaga su sed de venganza en los arroyos de sangre que brotan de la entreabierta herida; y en medio del polvo del combate invoca la idea de Dios; va con las manos atadas a la espalda, los pies desnudos, el pecho amoratado, los ojos llenos de lágrimas a Babilonia, dejándose sus hijuelos muertos de sed en el desierto, sus esposas aplastadas entre las piedras del camino, y allí en Babilonia, al mismo tiempo que va labrando con sus martillos la piedra, conserva el nombre de su Dios: vuelve triunfante a Jerusalén con palmas en la mano, y ramos de olivo en la frente, y dividiéndose todo el pueblo en dos grandes porciones, entonan los salmos divinos, separados en dos inmensos coros, teniendo por medio las aguas del Jordán, y el ritmo de aquel cántico, es siempre la unidad de Dios: pasan en su presencia todos los grandes conquistadores con su séquito de ideas invasoras, con sus huestes; Alejandro, que derrama su alma en el Asia, los Seléucidas, que van a imprimir en el Oriente el ósculo de la idea griega, y mientras muchas colonias judías abandonaban el Yhowah de sus padres por el Júpiter griego, Jerusalén, que había resistido al cautiverio, a la guerra, obró un milagro más grande, resistiendo a las seducciones de Grecia, y conservando pura la unidad de Dios; constancia inaudita, que fue premiada por el Eterno, haciendo de ese pueblo la base de todos los templos, de su libro el proemio de toda la religión, y de sus reyes los progenitores de Jesucristo. (Aplausos prolongados.)

Véase, señores, como la historia, la religión, los dogmas, las esperanzas del pueblo hebreo, traen consigo a Jesucristo. Señores, antes de concluir miremos a Jesús: el Eterno, el que había en su mano cogido la candente materia, y había formado los astros, para arrojarlos como notas de un gran concierto en los espacios, no encuentra asilo en el universo; el que con su soplo infundió vida al espíritu humano, no es entendido ni escuchado de los hombres; el que encendió el sol, tuvo frío; el que derramó las aguas en la tierra, tuvo sed; el que había dado vida a todos los seres, que bajo el cielo se mueven, tuvo hambre; el que había forjado todos los poderes de la tierra, fue esclavo de los jueces del mundo; el que se apareció



en el Sinaí, en gloriosa nube, teniendo por mensajero el trueno, el huracán y el relámpago, por cetro el rayo, inundado con los resplandores de la luz increada, hablando por la voz de la tempestad, y de los espumosos torrentes, causa de toda existencia, creador de toda vida, muere en afrentoso suplicio, en el Calvario, entre dos ladrones, y al morir derrama, en el mundo la verdadera vida, el eterno espíritu que va a ser el alma de toda la civilización. He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)